

NAVA ÁLVAREZ, GASPAR MARÍA DE. CONDE DE NOROÑA (1760-1816)

ANTOLOGÍA II

INDICE:

A Elida
Los celos activos
Belisa llorando
De una lágrima
Contra el oro
La ausencia
La separación
A un poeta
Imitando a de Horacio: «vitas hinnuleo»
A una señora que envió el regalo, que se expresa
El amor tranquilo
Nise
A una muchacha
Situación inalterable del justo
Pintura del cruel estado de un celoso
Dando la enhorabuena a un amigo, que iba a casarse
Retrato de la tristeza del doctor Young
Recuerdos de un ausente
A un oficial en campaña
Razón de no hacer versos durante la guerra
Werther a su sepultura
A un deseo vano
A una mujer ya entrada en edad
A D. Francisco Javier Venegas de Saavedra
A Silvia
La noche triste
A la muerte del Coronel Don José Cadalso
A Cupido por haber visto a Silvia después de largo tiempo
La muerte
El Poema – La muerte
Ommiada (Varios Cantos)
Poesías asiáticas
Poesías árabes
Poesías persas
Poesías turcas

A Elida

Id, versos míos,
id, mis letrillas,
no a los palacios,
donde entre ricas
columnas y oro
el dolo habita.

No a los guerreros,
llenos de heridas,
jamás afables,
siempre con ira.

No a los letrados,
que desestiman
con ceño adusto
la Poesía.

No a los soberbios,
que si critican
no es por cariño,
sino de envidia.

Id a las haldas
de la que estima
mis cantilenas,
la amable Elida.

Ella las ama
y aun ella misma
me las defiende
de la malicia.

Contra unas armas
tan ofensivas
las guarda y cubre
como solía
con sus dos alas
la palomita
de Anacreonte
cuando dormía.

En su regazo
hallaréis dichas,

gustos sabrosos,
dulces caricias.

No estéis tardíos.
A toda prisa
a la que os ama
con fe sencilla
id, versos míos,
id, mis letrillas.

Los celos activos

Se me abrasa el alma,
Belisa, de celos.

Si vuelves acaso
esos tus ojuelos
mucho más hermosos
que la luz del Cielo,
y fijas la vista
en cualquier objeto,
se me abrasa el alma,
Belisa, de celos.

Si enseñas tus perlas
con dulce gracejo,
cuando abres tus labios
hablando o riendo,
porque todos logran
tan supremo,
se me abrasa el alma,
Belisa, de celos.

Si alguno te toca,
sea o no, queriendo,
el brazo, la mano,
o sólo un cabello,
me cercan las Furias,
mil penas padezco,
se me abrasa el abra,
Belisa, de celos.

Una vez que sabes
cuál es mi tormento,

no seas ingrata
con quien es tan tierno,
pues sólo pensando
en que puedes serlo,
se me abrasa el alma,
Belisa, de celos.

Belisa llorando

Las ninfas del río
sacan del cristal
su hermosa cabeza,
al verte llorar.

Miran por el prado,
y encuentran que están
los pájaros mudos
al verte llorar.

Que las tiernas flores
pierden su humedad,

y quedan marchitas
al verte llorar.

Y al fondo se bajan
con celeridad
por sus ricas conchas
al verte llorar.

Y en ellas recogen
todas con afán
tus lágrimas bellas
al verte llorar.

Las guardan gustosas
cual cosa especial
aunque se hallan tristes
al verte llorar.

Y yo, que con ellas
veo que se van,
¿qué pretendes haga
al verte llorar?

De una lágrima

Cuando yo pensaba
encontrar desvío
en la zagaleja
por quien me hallo herido,

vi de sus ojuelos,
del Amor hechizo,
lágrimas ardientes
correr hilo a hilo.

Una en su mejilla
paró de improviso
y exclamé al momento:
¿Qué es esto, bien mío?

¿Quién es tan tirano,
quién tan atrevido,
que a tu pecho amable
llena de martirios?

¿Y quién de tu llanto
parar ha podido
ese indicio leve?
Mírale, me dijo,

y ahí ve quién causa
mi amargo gemido.
Miréla, y.. ¡oh Cielos!
me encontré a mí mismo.

Contra el oro

¿Adónde estaba el rayo
de Júpiter Tonante,
que lleno de venganza
no dividió los aires,

cuando hizo la Codicia
que los tristes mortales

de lo hondo de la tierra
el vil oro sacasen?

¿Por qué no fue en cenizas
convertido al instante
el primero que tuvo
ideas tan fatales?

¿Por qué el nervioso brazo
aferró sin afanes
el pico, que cortaba
la mina de los males?

La caja de Pandora,
llena de enfermedades,
con el oro nocivo
no puede compararse,

porque las desazones,
que este metal nos trae,
si pueden padecerse,
no pueden numerarse.

Por él se ven discordes
los hijos de los padres
y la Naturaleza
padece mil ultrajes.

Por él muy pocos hombres
en una endeble nave
al ponto se arrojaron
en busca de otros mares.

Por él con tiranía
se vierte tanta sangre
y las regias coronas
se encuentran vacilantes.

Sin auxilio del oro
el libertino infame
no amancillara el lecho,
ni hubiera mujer frágil.

Hasta en el santuario,
al pie de los altares,
entra su hálito infesto,

su negra mancha cae.

Y así, incautos humanos,
antes que os arrebate
su valor y hermosura,
hüid y desechadle,

porque si una vez llega
la codicia a sentarse
en el pecho del hombre,
se desarraiga tarde.

La ausencia

Ausente de su nido
está mi palomita,
y su pichón se agita,
se muere de dolor.

¡Cuál se halla de afligido!

El descanso desama
de continuo la llama
con amante fervor.

De un tronco en otro tronco
dirige el presto vuelo,
se abate contra el suelo,
revuelve sin cesar.

Con un gemido ronco
su quebranto declara,
salta, corre, se para,
no puede sosegar.

Búscala acongojado,
las alas desplegadas,
en todas las cañadas
por do la vio partir.

Por uno y otro lado
mira y remira ansioso,
y arrulla cariñoso
para hacerla venir.

En un peñasco hueco
resuena su querella,
y, pensando que es ella,
que responde a su voz,

camina en pos del eco
de su pasión guiado.
Mas ¡ay! desengañado
vuelve a su pena atroz.

Al nido torna luego,
halla la pluma fría,
y no como aquel día,
en que amor los unió.

De angustia y rabia ciego,
la esparce y desordena,
que para nada es buena
desque ella se partió.

Si un pájaro inocente
al ver su nido amado
solo y desamparado
tan condolido está,

¡aquel que vive ausente,
que entendimiento alcanza,
y teme una mudanza,
ay, Dios, cómo estará!

La separación

Verdes troncos de la Alhambra,
que con las ramas espesas
impedís que a vuestro suelo
los rayos del Sol ofendan.

A vuestros pies recostado
me visteis la vez primera,
ya culpando su tardanza,
ya acusando su tibieza.

Las fuentes murmuradoras

se reían de mis quejas,
y por no oírme sus aguas
despeñaban por las cuevas.

Creí que nada podría
compararse con mi pena
y era porque yo ignoraba
la que ahora me atormenta.

Y no son celos bastardos
los que el corazón me apremian,
ni tercas desconfianzas,
ni cautelosas sospechas,

porque en sus ojos yo bebo
un amor, en que se encuentra
si un fuego activo que enciende,
tal dulzura que consuela.

Sino que el Hado terrible
con ferocidad intenta
a la muralla más firme
despojarla de su yedra.

Y, temiendo que se llegue
el instante de la ausencia,
mi corazón se estremece,
y el suyo se agita y tiembla.

Y contra vosotros vuelvo,
truncos duros, mis querellas,
pues a todos dais dulzuras,
sólo yo carezco de ellas.

Los pájaros en las ramas
con libertad se requiebran,
y escondidos en las hojas
sus regocijos expresan.

Con arrullos las palomas,
con trinos dulces las merlas,
el ruiseñor con gorjeos,
y la perdiz cuchichea.

La ardiente chicharra chilla
al fin de la primavera

y se oye en estío el silbo
de la enroscada culebra.

Todo viviente va en busca
de su amada compañera
y la vid estrecha al olmo
con mil vueltas y revueltas.

Sólo yo triste entre tantos
no quiere el Hado que sienta,
como si el pecho tuviese
formado de bronce o piedra.

Y el Amor por otro lado
a los ojos me presenta,
no otros objetos, el mismo
de mil distintas maneras.

Unas veces agradable
como palomilla tierna,
otras veces cual la fuente
bulliciosa y muy risueña.

De mil flores olorosas
son entonces mis cadenas,
que el gusto de la fragancia
las hace juzgar ligeras.

Otras se enfada furiosa
como Jove cuando truena,
y entonces el temor hace
las prisiones llevaderas.

Con el gusto y con el miedo
mi pecho engañar pudiera
con débiles esperanzas,
con amenazas inciertas.

Pero al mirar que en su rostro
al impulso de la pena
el color o se demuda,
o se enciende con viveza.

Que aquellos activos ojos,
que al abrirlos una hoguera
formaban en quien osado

hizo a su luz resistencia,

ahora mustios, llorosos,
o fijados en la tierra,
o mirando a todas partes
sin destino, ni certeza,

casi volver no se atreven
a mirarme, pues encuentran
más agua en los míos sólo
que cuanta aquí se despeña.

Al ver que con los suspiros
su fiel corazón anhela,
y con impulso terrible
procura salirse afuera,

que quiere hablar y no puede,
porque al dolor se le queda
la lengua sin movimiento,
y las palabras se ahuyentan,

¿qué roca por insensible
no ha de volverse de cera?
Y ¿qué pecho siendo humano
no ha de amar con todas veras?
La vi así, troncos, un día,

y sintiendo que con fuerza
el alma me arrebatava
le juré constancia eterna.

Y así pido que si alguno
con ferocidad intenta
destruir los dulces lazos,
en que el Amor nos enreda,

no le deis sombra apacible,
que mil ramos se os desprendan,
con que acortando su vida,
aniquiléis sus ideas.

Que digáis a los arroyos,
que vuestras raíces riegan,
tomen de ellas la amargura
si el agua beber intenta.

Yo en tanto suplico al Cielo
que tal edad os conceda,
que en los venideros siglos
se admiren cuantos os vean.

A un poeta

Lejos, lejos de mí, dices,
esas Deidades mentidas,
que la ignorancia del hombre
pudo sólo producirlas.

La pura verdad pendiente
está de mi labio, oídla,
que sólo de esta manera
es digna la Poesía.

Yo te admiro silencioso,
e, hincadas ambas rodillas,
escucho los dulces versos,
que de tus labios destilan.

Por el aire te levantas,
a los Cielos te sublimas
con rápido y fácil vuelo
como garza presumida.

Nosotros, que no podemos
como endebles avecillas
salir del nido sin que
nuestros padres nos asistan,

imploramos a los Dioses.
Nos subimos a la cima
del Parnaso y de sus fuentes
bebemos las aguas limpias.

Con las fábulas vestimos
nuestras mal formadas rimas,
para que así resplandezcan
y algunos quieran oírlas.

Como los cuadros, en donde

ningún primor se divisa,
que tienen marcos dorados,
que si no nada valdrían.

Pero tú de ningún modo
este adorno necesitas,
porque tus gracias desnudas
son mucho más expresivas.

Y acuérdate de las Diosas,
que en la alta cumbre del Ida
pretendieron la manzana
de la más hermosa digna.

No alhajaron sus vestidos
con la seda de la China,
con las perlas del Oriente,
ni con oro de las Indias.

Desnudas se presentaron.

La naturaleza misma,
no el adorno y artificio
en sus cuerpos se veía.

Así quieres tú los versos,
porque sabes que, si quitan
los vestidos a mi musa,
horror causará su vista.

Desde luego como a Venus
te otorgo la primacía.
Y si desnudo me vences,
¿qué no harás cuando te vistas?

*Imitando la oda XXII del libro I de Horacio:
«vitas hinnuleo»*

Cual corcillo temeroso,
que siempre a su madre unido,
nunca sin ella ha sabido
dar un paso con reposo,
si se aparta, presuroso

la va a buscar al momento,
trepa los montes y, atento
a cuanto bulle, se espanta,
ya se agite alguna planta,
ya en las hojas silbe el viento.

Tú, muchacha, recogida
en el maternal regazo,
hallas en todo, embarazo.
Todo te tiene aturdida.
La expresión más comedida

te perturba la razón.
La más inocente acción
te hace al instante temblar.
Y ni aun te atreves a hablar:
tal está tu corazón.

No soy lobo carnicero,
hambriento de pasto humano,
lëón libio, tigre hircano,
que despedazarte quiero.

Soy un amante sincero,
que sólo tu bien procura,
pero que teme, si dura
en ti tal encogimiento,

se deshaga como el viento
su esperanza y tu ventura.
Ya aquel tiempo, que inocente
debieras amar su lado,

cual relámpago ha pasado.
Y ya aparece en tu frente
el resplandor que patente
hace la edad del amor.

Si quieres gustar su ardor,
no la sigas por do quiera,
que en la mujer casadera
parece mal el temor.

A una señora que envió el regalo, que se expresa

Damascos, claveles, rosas
para el gusto, vista, olor
me ha remitido tu amor
dulces, bellos, olorosas.

¡Ay, señora, qué tres cosas
dignas de hacer consonancia
si hubiera en ellas constancia!

Mas se acaba la dulzura,
se marchita la hermosura,
se disipa la fragancia.

El amor tranquilo

En una selva florida,
orillas del Manzanares,
donde el pajarillo anida,
y donde el frescor convida
a desechar los pesares,

Fileno, el más venturoso
de los amantes pastores,
por el bosque delicioso
se paseaba gozoso
al lado de sus amores.

Y en la graciosa floresta,
de ramas entrelazada,
pasaba la estiva siesta
con mucho contento y fiesta
en los brazos de su amada.

Pues sentados en la arena
bajo los troncos frondosos,
que dan sombra obscura y buena,
no conocían la pena,
y sí los gustos sabrosos.

La pastora con primores
sobre la preciosa falda
escogía aquellas flores
de aventajados colores

para hacer una guirnalda.

Y al punto se la ponía
en la cabeza a su amado;
y entretanto que esto hacía,
el color se le volvía
encendido y sonrosado.

Fileno un papel tomaba,
y con tijera sutil
diestramente lo trepaba,
de tal suerte que imitaba
al más delgado buril.

Pintaba dos corazones
enmedio de una orla fina,
traspasados con arpones,
y debajo estas razones:
De Fileno y de Corina.

Ella una rama tomaba,
la aguzaba y componía
y en el suelo donde estaba
el nombre del que adoraba
con el palito escribía.

Y estas letras tan amadas,
que en la tierra había escrito,
por sus ojuelos miradas
y por su boca besadas
eran con gusto infinito.

Después que estuvo el pastor
jugando con su pastora,
le dijo ella con amor:
Pues que tocas con primor
toma tu lira sonora.

Canta, que los ruiseñores
acompañarán tu acento.
Criarán las tiernas flores
al oírte mil olores
y manso soplará el viento.

El pastor, como en fineza
ni aun su querida le iguala,

la obedece con presteza
y con amor y destreza
así canta a su zagala:

¿Qué quieres que yo te cante,
hermosa pastora mía,
cuando te veo delante,
cuando te muestras amante
y me llenas de alegría?

Pues cuando los fieros celos
no están en los corazones,
ni se padecen desvelos
ni se invocan a los cielos
ni se encuentran las razones.

Ni a mi flaca voz es dado
el retratar tu hermosura,
que es más florida que el prado,
más graciosa que el ganado,
y más que la leche pura.

A tu mejilla preciosa
nada compararse puede,
porque su color hermosa
deja vencida a la rosa,
y a la blanca nieve excede.

Tus ojuelos, si serenos
me miran con alegría,
me parecen más amenos
que los fértiles terrenos,
y más hermosos que el día.

Si se vuelven enojados,
no tienen comparación
con los rayos abrasados,
que aterran a los ganados
y dan miedo al corazón.

Y si se fijan llorosos
el gusto desaparece.
Los prados más abundosos
se marchitan presurosos
y la linda flor perece.

Y tus labios delicados
parecen tiernos claveles
por lo frescos y encarnados
y que han sido dibujados
por finísimos pinceles.

Si se abren, tu dulce aliento
causa vergüenza a la flor,
al campo presta contento,
mayor dulzura da el viento
y en mí recrece el amor.

Y si cantas mis corderos,
te lamen las blancas manos,
te colean placenteros
mis lebreles y ligeros
saltan por montes y llanos.

Sólo puedo comparar
tu condición halagüeña
a aquel gracioso manar
de una fuente al resaltar
por el hueco de una peña.

Porque sale presurosa,
formando mil sierpezuelas
y su corriente impetuosa
atraviesa bulliciosa
por medio de las guijuelas.

A la orilla va criando
muchas flores agraciadas,
y por cima van saltando,
mil cantares entonando
lasavecillas pintadas.

Otras veces con estruendo
despeña sus aguas puras,
un sordo murmullo haciendo,
y otras veces va riendo
por medio de las verduras.

No obstante, pastora, veo
para mí tu condición
cual la pide mi deseo,
porque mil dichas poseo

y es mío tu corazón.

Mucho más cantar quería
Fileno el afortunado,
mas, viendo acabar el día,
dejaron con alegría
los dos amantes el prado.

Nise

(Égloga)

Damon, Nemoroso, Poeta

POETA

El lamentar sabroso
de dos mozos pastores
hora quiere imitar la musa mía.
A cuyo eco gracioso
y süaves amores
el carro ardiente Febo suspendía.

El ave se veía
con las alas dobladas
y el pico levantado
escuchando su tono concertado.

Las ovejas estaban olvidadas
de la menuda grama
y el goloso cabrón de la retama.

En la fresca ribera
del Turia celebrado,
hay un hermoso bosque tan ameno,
que de la Primavera
se mira rodeado,
de flores y de frutas siempre lleno.

El aire allí sereno
respira con dulzura,
los árboles orea,
y sus hojas densísimas menea,
comunicando al bosque su frescura,

a las plantas sustento
y a las cansadas aves nuevo aliento.

Un lascivo arroyuelo
por el prado atraviesa,
regando muchas flores olorosas,
de que se borda el suelo.

Y después que ya besa
sus plantas con las ondas bulliciosas
se encrespan espumosas.
Y él cae despeñado
de una pequeña altura.

Y mientras alegre a su sabor murmura,
le acompaña el jilguero enamorado,
que, sentado en su nido,
entona un dulce canto no aprendido.

El ruiseñor sonoro
con pausas más süaves,
con trinados gorjeos y cadencias
expresa allí su lloro.

Y con lamentos graves
del Tereo crüel las insolencias
haciendo diferencias.

La parra, que enroscada
el olmo está ciñiendo,
parece que hacia arriba va creciendo
para escuchar mejor la concertada
música, y él en tanto,
esforzando su voz, aumenta el canto.

A este bosque llegaron
Damon y Nemoroso,
dejando su ganado a los zagales,
y luego se sentaron
en el suelo frondoso
quejándose de Amor y de sus males.

Que eran ambos iguales
en ser enamorados,
y tener pena fuerte,
el uno por la furia de la Muerte

y el otro por los celos despiadados.

Mas Damon el primero
le dice a su querido compañero.

...

NEMOROSO

¿Qué quieres que te diga, dulce amigo?
¿Qué quieres que te cuente?
La maldad en el mundo tiene abrigo,
y de él está arrojado el inocente.

Mi pastora, mi Nise, mi querida,
la que tanto cariño me mostraba,
rompió la fe debida,
y se mostró crüel con quien la amaba.

Con Tirsi se ha casado,
por Tirsi me ha dejado
y por Nise estoy viendo
que se me va la vida consumiendo.

Este es mi mal, Damon, esta mi pena.
Esto hace mi enemiga,
esto el Amor ordena.
¿Y se hallará en el mundo quien le siga?
¿Y quien en adelante
aras le erija, templos le levante?

La vida me es amarga, y el aliento,
que el corazón respira,
sólo demuestra mi ira,
mi furia, mi dolor y mi tormento.
Mil veces lo decía el justo Cielo,
arrojando sus rayos contra el suelo.

El búho solitario,
sentado en unos troncos desmochados,
o en alto campanario,
con un lúgubre canto
anunciaba mis males desdichados.

DAMON

Enjuga tus mejillas y entretanto
que la noche nos cubre con su manto,
cantemos nuestros males
al son de los cristales
de esta clara corriente,
que entre guijas y arenas se va huyendo,
o del blando susurro que está haciendo
el fresco y dulce ambiente,
que menea las hojas blandamente.

NEMOROSO

Empieza tú primero con tu avena,
que yo iré respondiendo
mostrando con dolor mi amarga pena.

DAMON

¿Qué voz será bastante
a referir los males
que en mi pecho causó la muerte airada?
Aunque duro diamante,
y robustos metales
la quieran contrastar, sirven de nada:

Ella a mi Clori amada
arrebató ligera.
Y vida tan preciosa
osó cortar con mano rigurosa
en medio de su flor y primavera.
Ven, Muerte, enfurecida,
y acaba mis pesares con mi vida.

A una muchacha

Con los tuyos hermosos,
y mis amantes brazos
forme Cupido lazos.

En tu boca de rosas
el Amor con excesos
me deje dar mil besos.

Que si esto concediere,
altares ciento a ciento
le elevarán el humo al firmamento.

La tierna tortolilla
a su consorte amado
besa con dulce agrado.

La paloma a su esposo
con blanda voz sonora
le arrulla y enamora.

Y ajenos de pesares
colmados de alegría
se adoran y se gozan noche y día.

Hace la vid lozana
con el tronco nudoso
un enlace gracioso.

Dando la yedra vueltas
por el olmo derecho
se une con lazo estrecho.

Y, asidas de este modo,
con ellos juntas crecen,
se levantan, aumentan y florecen.

Imitemos, zagala,
las acciones dichosas
de las aves hermosas.

Cual los troncos y plantas
formemos presurosos
mil nudos amorosos.

Y nuestro amor envidien
al ver que tanto medra
tortolilla, paloma, vid y yedra.

Situación inalterable del justo

Al ambicioso aterran los cuidados

de ser entre los hombres el primero.
Al avaro la sed del vil dinero,
cercado de temor por todos lados.

Al jugador la suerte de los dados,
de los dañosos naipes y el tablero.
Al soberbio le ahoga su ardor fiero.
Al lascivo deseos no arreglados.

A éstos destruye la voraz conciencia,
poniendo los delitos por delante,
y dándoles pesar con su presencia.

Mas el justo, sereno su semblante,
sabe la grande indubitable ciencia
de no temer a nadie ni un instante.

Pintura del cruel estado de un celoso

Así como el bridón noble y fogoso
al eco del clarín, que el aire hiende,
la crin encrespa, las orejas tiende
y a veces la menea presuroso,

enhiesta la cerviz, el polvoroso
suelo a patadas deshacer pretende,
tasca el duro bocado, que le ofende,
se inquieta y combatir desea ansioso,

se encuentra aquel amante desdichado,
que en su pecho los celos aposenta
y vive con sospechas alarmado.

Porque todo lo agita, le impacienta,
hasta que llega a ver desengañado
con pureza su honor, falsa su afrenta.

Dando la enhorabuena a un amigo, que iba a casarse

Cual suelen con las ramas enlazadas
dos árboles unirse, que ni el viento
puede arrancarles de su firme asiento,

ni quebrantar sus copas levantadas,

pues antes entre sí bien apretadas
parecen elevarse al firmamento,
dándoles hermosura y ornamento
las frutas, que producen sazonadas,

así, querido amigo, te deseo
un lazo delicioso, un lazo fuerte
por medio del dulcísimo Himeneo.

Y que esta unión se forme de tal suerte
que, colmado de paz y de recreo,
seas siempre feliz hasta la muerte.

Retrato de la tristeza del doctor Young

Sobre la negra tumba recostado
está el anciano Young. Contempla atento
bajo la losa todo su contento,
porque nada la Muerte le ha dejado.

Con lágrimas su rostro está bañado,
y temblando su cuerpo macilento.
Sólo consta de un ¡ay! su triste acento,
que resuena en el techo embovedado.

Supremo Ser, exclama, que, subido
sobre el cerco de estrellas prodigioso,
ves con tedio al que gusta de esta vida,

¿cuándo será mi espíritu impelido
de tu potente diestra y con reposo
hará junto a tu trono su manida?

Recuerdos de un ausente

Hermosas hebras de ébano luciente,
sobre la nieve y rosas esparcidas,
o con arte a los lados divididas
para dejar que luzca la alba frente.

Ojos, donde reside un fuego ardiente,
cejas, arcos de Amor, cejas pulidas,
en mi pecho os halláis tan esculpidas,
como si no estuviera agora ausente.

Y vosotros, hoyuelos, producidos
de una risa, entre perlas lisonjera,
cuyos ecos anhelan mis oídos.

Si sólo imaginados, de manera
mi alma excitáis que pierdo los sentidos,
al veros, ¿qué será? ¡Quién, ay, os viera!

A un oficial en campaña

(Dándole la enhorabuena por haberse alejado de su tienda un borrico,
que no le dejaba dormir con sus feroces rebuznos)

Entrégate al reposo ya en buen hora,
que cesaron del burro los roznidos,
y en dulce paz descansan tus oídos
de su música atroz altisonora.

Vendrá riendo la fragante Aurora,
los montes se verán del Sol heridos
y mostrarán tus miembros aún dormidos
que el placer tras la pena se mejora.

Juzguen otros feliz al que, cercado
de pompa, eleva su orgullosa frente
sobre un pueblo a sus plantas humillado,

o al que apura de Amor la copa ardiente,
que yo te juzgo a ti, pues has logrado
librarte de un borrico impertinente.

Razón de no hacer versos durante la guerra

Cupido, como niño, se estremece
del temeroso son del bronce herido,
y en las faldas de Venus escondido,
mientras dura la guerra no parece.

Como el numen, que el pecho me enardece,
a sus blandos halagos lo he debido,
con el bélico afán está abatido,
con el continuo susto se enflaquece.

Pues tiembla y huye de la lid el ciego,
pues sin él no hay ardor, ¿por qué me afano?
¿Por qué en pos de las musas no sosiego?

No más versos, no más hasta que Jano
a la Discordia apague el turbio fuego
y la graciosa Paz nos dé la mano.

Werther a su sepultura

(Imitación de unos versos ingleses)

La sombra de este tronco, yerbas, flores,
y cuanto el suelo da con lozanía
cubran aquí la sepultura mía,
y el recuerdo también de mis amores.

No se vean señales exteriores
que puedan descubrir mi tumba fría,
pues no merece mi crüel porfía
saberse por comunes amadores.

Vendrá algún día que estará temblando
la lágrima en los ojos de mi esposa
cuando la cumbre el Sol vaya dorando.

Tú me embalsamarás, gota preciosa,
si es que debe Carlota estar llorando
adonde el infeliz Werther reposa.

A un deseo vano

Oh deseo insensato, tu osadía
¡cuán justamente queda castigada!
Caminaste con ala arrebatada
adonde el bien a tu ansia se ofrecía.

Hallaste en vez de fuego, nieve fría,
mármol en vez de cera, y rodeada
de agudas puntas, de impiedad armada
la rosa, que tan dulce parecía.

No quieras imposibles. No con vuelo
altivo al Cielo registrar presumas
ni el carro gobernar del Sol dorado.

Que destrozados yacen en el suelo
Ícaro, ya desnudo de sus plumas,
Faetón por el rayo ya abrasado.

A una mujer ya entrada en edad

Esa cabeza erguida y orgullosa,
ese ademán altivo y lengua vana
eran muy buenos en la edad lozana
cuando el jazmín reinaba con la rosa.

Ahora amarillez, ruga enojosa
invaden tu belleza soberana
y en tus ralos cabellos ya la cana
ejerce su potencia rigurosa.

¡Mira cómo dejaron tu semblante
las voraces viruelas! ¡cuál los dientes
negrean por los males y los años!

Mírate en el espejo un solo instante
y dime si tus modos insolentes
me harán fuerza con tantos desengaños.

A D. Francisco Javier Venegas de Saavedra

Ya el Cielo más benigno ha desterrado
de nosotros la Guerra
y con ella los males
que infestaban la tierra.
La obscura tempestad se ha serenado,
que era la destrucción de los mortales.

El Furor, que con gritos espantosos
llenaba de terror los corazones,
y los hacía acometer furiosos
temerarias acciones,
atadas con cadenas
las manos a la espalda está de suerte,
que, hinchándose sus venas,
casi salta la sangre de oprimida.

Revuélcase rabiando por el suelo,
muerde los eslabones
de la cadena, que lo tiene atado,
fija la airada vista contra el Cielo
y arroja a borbotones
la espuma de su boca maldiciente.

En tanto Jano cierra apresurado
las puertas de su templo, pues clemente
el Cielo nos envía
la dulce Paz, cercada de alegría.
Mira, mira, Venegas, cómo viene
de flores y de frutos coronada.

Mírala cómo tiene
en su mano derecha la abundancia,
y mira dibujada
en sus labios la risa, y en sus ojos
graciosos desenojos.
Esa es la Paz, que viene presurosa
para que al punto alcemos los semblantes,
que se hallan reclinados
sobre los pechos míseros dolientes.

Manda que cuanto antes
mostremos nuestras frentes
bañadas de placer, llenas de agrado,
por haber evitado
la sangre, que debía
correr de nuestras venas destrozadas,
pues la Muerte tenía
muchas de nuestras vidas preparadas
para sacrificarlas a su enojo.

Su guadaña blandía
sobre nuestras cabezas,

pero la Paz corriendo ha conseguido
evitar sus fierezas,
su furia ha detenido.
Y, habiéndola de Europa desterrado,
al Averno profundo la ha lanzado.

Con su mano piadosa
al instante del suelo ha levantado
la reja del arado,
con llanto abandonada
en los sulcos al tiempo de formarse.

La espada rigurosa
en vez de ensangrentarse
en el hombre, colgada,
y tomada de orín, será memoria
de la pasada gloria
del soldado, que hiriendo ahora el suelo
es bendecido del benigno Cielo.

Ceres también ofrece
al duro labrador celeste amparo.
Y que su albergue caro
goce sin sobresalto y agonía
de que llegue algún día
en que el vencedor destruya cuanto
le costó afán, sudores y quebranto.

El tridentino Dios del hondo sale,
de ovas y de espadañas coronado,
con el rostro sereno,
porque ve que del mar se han alejado
el horroroso rayo y seco trueno,
que en astillas las naves convertía,
y las aguas teñía
con sangre de valientes campeones.

Y que las tres hermanas,
hijas del Erebo, negras
con su crencha compuesta de culebras,
abandonan su imperio,
y, de él huyendo, buscan presurosas
las estancias del Orco tenebrosas.

A las Nereidas llama, que yacían
en sus verdes palacios reclinadas,

todas amedrentadas
del estruendo que oían.
Les dice: Venid, ninfas agraciadas,
dividid esas aguas cristalinas,
no tengáis miedo alguno;
ya se fueron las furias serpentina
y ya puede Neptuno
conceder libremente
favor y auxilio a la española gente.

Salid y a sus navíos
impulso nuevo dad para que puedan
llevar feliz y próspero camino,
pues dispone el Destino
que sean ya las ánglicas banderas
de Lises y Leones compañeras.

Sí, Venegas, la Paz ha repartido
mil olorosas flores,
mil bienes prodigiosos
sobre nuestras cabezas, que han sufrido
los terribles rigores
de la Guerra sangrienta y destructora.

Olvidemos los males ya pasados,
gocemos de los tiempos deliciosos,
y de la Paz, que ahora
con sus dulces placeres enamora.

Coronemos las frentes con guirnaldas,
formadas en las faldas
de pastoras graciosas.
Y con danzas donosas,
guiadas por tan linda compañía
celebrems lo grande de este día.

A Silvia

Al abrir este pliego, Silvia amada,
te pensarás tal vez ver retratada
en sus toscos renglones la alegría
que otras veces gozaba el alma mía.

Y que se hallan ornados de las flores

de fragancia sutil, que los Amores
solían derramar a mano llena
sobre mi frente entonces tan serena.

Y también juzgarás será tu oído
con resonantes versos complacido,
dignos de ser cantados por tu boca,
para quien toda gracia siempre es poca.

Mas ¡ay! las expresiones escogidas,
de ornatos primorosos revestidas,
son solamente por Apolo dadas
a las almas de gustos inundadas,

que la mía, que de ellos ya carece,
y ante quien aun la Paz desaparece,
con la melancolía la más negra
nada le agrada ya, nada le alegra.

Después que en estos días detestables
de todos los placeres agradables,
aun los más inocentes, despojaron
mi pecho, en que otro tiempo se anidaron,

chocarse he visto todas las pasiones
con las más formidables impresiones,
porque cada una de ellas se alegrara
que tras sí sus cadenas arrastrara.

¡Ah crüeles! ¡Qué bárbaras pinturas!
¡Qué horribles pensamientos! ¡Qué locuras
me pusisteis delante con intento
de ofuscar mi alterado entendimiento!

Y que herido en la parte más sensible
juzgase por ya cierto lo imposible.
La sensibilidad si bien se mira
al que la tiene sólo llanto inspira.

Dígalo yo que he visto en mí juntarse
cuantos males podrán imaginarse:
Rabia, encono, temor, desconfianza,
desesperación, celos y venganza.

Pues todos en mi pecho desdichado
su veneno crüel han derramado,

a cuyo impulso poderoso, activo,
su carácter odioso en mí percibo.

¡Qué desvaríos de tropel nacieron!
¡Y qué cosas mis labios exprimieron!
Ahora, que despacio lo examino,
cuanto sentía entonces abomino.

Y después que la copa de amargura
con increíble afán mi labio apura,
baten las alas y con presto vuelo
se alejan de mí todos con anhelo.

¡Feliz!... mas ¡ay! que, usando de fiereza
me dejan en poder de la Tristeza,
de este monstruo, que a todos sobresale

en furia, contra quien nada ya vale.

Por eso, Silvia, busco desde ahora
la amarga soledad, que me enamora,
y solo, triste, con dolor insano
aborrezco del todo el trato humano.

Una sierra de rocas escarpadas,
cuyas puntas agudas y peladas
demostrasen subir con ardimiento
para así penetrar el firmamento.

Horribles hendiduras, valles hondos,
sombrios, solitarios y redondos,
cuyo fin pareciese estar tocando
a las moradas del pesar infando,

donde sólo se oyese a los búhos
con ronco acento y espantables dios,
o del mar el horrísono bramido
contra la dura peña enfurecido.

En medio de una noche tenebrosa
a los tristes mortales pavorosa,
los Austros bramadores desatados,
cubierto el Cielo de hórridos nublados,

abortando mil rayos encendidos,
cuyos truenos mil veces repetidos

en las cóncavas cuevas resonaran,
y desplomar su mole amenazarán.

Ve, Silvia, la morada, que quisiera
en el mal, que de mi alma se apodera,
pues sola su espantosa compañía
a mi cuitado pecho agradaría.

Correrían mil lágrimas ardientes
sin miedo de cansar a los vivientes
y en ella libremente mis lamentos
serían entregados a los vientos.

La noche triste

Obscura noche, noche tenebrosa,
rodeada de sustos y de espectros,
a ti llamo, a ti busco, en ti reposa
el más amante y afligido pecho.

Tú, dulce alivio del mortal rendido,
del pobre miserable refrigerio,
que infundes bajo el artesón dorado,
como bajo los mimbres el sosiego,
benigna vuelve la amorosa vista,
que de ti aguarda mi dolor consuelo,

no halagando la mente fatigada
con apacibles deliciosos sueños,
sino con el zumbido que produce
el sordo aletear de los insectos,
y con el canto lúgubre del ave
que huye espantada del claror febeo
y entre tus sombras su alegría busca,
hinchando el aire con funestos ecos.

Así yo herido de mortales rayos,
en ti mi alivio conseguir espero.
La tenebrosa tierra, oh noche, vuelve
a cubrir con un manto más espeso.
Al hórrido Temor convoca al punto,
y haz que me oprima con su adusto aspecto.
Tal vez, sus ilusiones agitando
la mente, calmarán mis sentimientos,

o cediendo tal vez a sus impulsos,
en la muerte hallaré seguro puerto.

Oh vosotros mortales, tan felices
que no sabéis de amor y que su horrendo
contagio no ha llegado todavía
a corroer activo vuestros huesos,
doblad ambas rodillas y al que tiene
debajo de sus plantas a los Cielos,
dadle continuas gracias, porque quiso
libraros compasivo de su incendio.

¡Ay! Amor no es un niño ciego, hermoso
con alas, con saetas y risueño.
Con esa falsa imagen los antiguos
a todos ocultarle pretendieron,

porque si su ponzoña abominable
fuera posible estar al descubierto,
su vista sola suficiente fuera
a contagiar a todo el universo.

Este es Amor, un monstruo formidable
de aspecto torvo, de maldad espejo,
con cien ojos y lenguas otras tantas,
armado de furor, todo veneno.
De éste os habéis librado. ¡Venturosos,
que rehusasteis con heroico esfuerzo
por una y dos y tres, cuatro veces
a yugo tan atroz poner el cuello!

Mas yo cuitado que sus iras sufro
me hallo tan bien con ellas, que deseo
aumenten mi dolor para que acaben
vida, que soportar apenas puedo.
Do quiera que la mente fijo, siempre
graves motivos de pesar encuentro,
ya la memoria del placer perdido
ya la vista del mal que experimento.

¡Quién creyera capaz de tal perfidia
a un corazón tan dulce y halagüeño
ni que así se llenara de esperanzas
fundadas sobre falsos juramentos!
Quien en un pecho femenil lo viera,
quien lo mirara fácil como el viento,

de la ambición y el oro contrastado,
sordo a las voces del amor sincero.

¿En dónde la Amistad sagrada habita?
¿Cuál es pura? ¿Cuál firme? En torno veo
tropel de aduladores, con acciones
fraudulentas, con rostro placentero
que procuran llenar nuestros oídos
con la dulce expresión de amigo. ¡Ay Cielos!
Repaso la memoria, lo examino
y sólo el dolo, la perfidia encuentro.

Y el que consigue la envidiable dicha
de sofocar sus penas en el seno
de tan noble virtud, ¿cómo permite
que en su preciosa unión domine el Tiempo?

Me admiro viendo el corazón del hombre
y vacila de horror mi entendimiento,
al contemplarle siempre en pos los males
que le destruyen su interior sosiego.

Yo advertí la Amistad que me llamaba,
llegué, abracéla con sencillo afecto,
y su lazo estrechando cada día
sentíme herido de amoroso fuego.
Me creía feliz pero vi roto
el vínculo que unía nuestros pechos.

Vi un corazón del mío desprenderse,
y lo vi reposar en nido ajeno.
Cuando en tales perfidias yo cavilo
cuando yo reflexiono, cuando pienso
con qué facilidad por los mortales
los pactos más sagrados son deshechos,
parece que una mano poderosa
se extiende sobre mí y al grave peso
quedan sin movimiento mis sentidos
y el alma opresa con dolor inmenso.

Al derribarme de mi dulce trono,
ha sido el lazo del amor deshecho,
ese lazo terrible que tenía
el alma en vergonzoso cautiverio.
Se rompió la cadena pero parte
ha quedado pendiente de mi cuello,

y me hará recordar el otro trozo
con que unido se hallaba en algún tiempo.

Que no es fácil se borre con presteza
lo que con firme solidez fue impreso,
ni que así un edificio tan antiguo
trastornado se vea por el suelo.
Que el transcurso del tiempo presuroso
llegó a petrificar sus muros densos
y de yedra y menudo jaramago
en toda su extensión se ven cubiertos.

Mas, ¿adónde volaron mis fortunas?
Las halagüeñas dichas, ¿qué se han hecho?
Y las dulzuras, que envidiaban tanto,
decidme ¡ay infeliz! ¿dónde se fueron?
¿Por qué señal siquiera no ha quedado
de aquella fortaleza, que al esfuerzo
de las ondas del ponto borrascoso
parecía poner un dócil freno?

Porque estaba fundada sobre arena,
fácil a transportarse con el viento.
Obscurecióse el Cielo, levantóse
un crüel Norte, combatió de recio
la torre en que mis dichas estribaban.
La arena se mudó, faltó el cimiento,
toda aquella inmensa pesadumbre
a tierra vino con horrible estruendo.

Los escombros sin orden esparcidos,
de su antiguo esplendor los tristes restos
demuestran la constante incertidumbre
de las obras humanas y cuán necio
es el que intenta sobre arena leve
fundar ricos palacios, no temiendo
el revuelto huracán de la Desgracia,
que todo lo trastorna en un momento.

Ya estoy solo, ya no como solía
arrastro el carro del Amor, ya enhiesto
la cerviz que doblaba bajo el yugo,
ya tengo libertad, ya estoy contento.
¿Contento yo? ¡Qué error! Eran tan uno
mi corazón y el que partióse huyendo,
que una parte del mío se ha llevado

al tiempo de arrancarse de mi pecho,

y me ha dejado inconsolable, triste,
incapaz de gozar de aquel sereno
placer que baña el corazón del hombre,
ajeno y libre de amorosos hierros.
El mío destrozado, dividido,
está sin fuerzas. Con trabajo inmenso
se sostiene en sus alas quebrantadas,
que barren sin querer el seco suelo.

A vista de mi mal me enciendo en ira,
recorro la memoria, noto, veo
los tormentos más grandes, más atroces,
que a los duros Nerones complacieron.
Y todos me parecen no ser tales
cuales quisiera mi rencor horrendo
para vengar la fiera alevosía,
causa de las angustias que padezco.

Mas, ¿qué importa este ardor? ¿Ni de qué sirve
que muestre airado tan feroz despecho?
Yo no extingo la fiebre que me mata,
ni alivio alguno a mi dolor encuentro.
Vuelvo las iras contra mí y ya sólo
anhelo por morir y lo merezco,
porque las llaves entregué del alma
sin saber antes el valor del dueño...

¿Quién no doblara la cerviz altiva
al dulcísimo encanto de su acento,
a unos labios más frescos que la rosa,
a unos ojos activos como el fuego?
¿A qué traigo a la mente los engaños,
que mi libre albedrío destruyeron,
y que después de rota la cadena,
embargan mi razón, turban mi aliento?

Vosotros, Cielos, que miráis mi angustia,
que oís mis llantos y sabéis lo cierto,
decid ¿cómo existir tanta ponzoña
pudo debajo de tan dulce aspecto?
¡Ah! Porque en el jardín más delicioso,
bajo las flores de color más bello,
donde sólo fragancia se respira
oculta la serpiente su veneno.

¡Infeliz del que el daño no prevé
que allí se esconde con risueño aspecto!
Se verá como yo que, arrebatado
de su dulce atractivo y embeleso,
engañado con tantas falsedades,
sordo a las voces que me dio el Consejo,
pensé hallarme en el colmo de la dicha
y vime en el mayor abatimiento.

Oh noche silenciosa, entre tus densas
sombras oculta mi crüel lamento,
y da alivio a mi pecho de este modo,
si para un mal tan duro puede haberlo.
No puede: cual carcoma introducido
en lo más hondo de él lo va royendo
y reduciendo a polvo a toda prisa.

Y al primer soplo del Destino adverso
en átomos sutiles esparcido,
se deshará cual niebla. Mi contento
acabó así y así la fortaleza
en que creía eternizar mi imperio.
Mas ¡oh locura, estupidez humana,
que nos arrastra con furor violento
a tantos precipicios! ¡Que nos hace
víctimas tristes de un fatal deseo!

Conocemos lo frágil, deleznable,
y lo voluble del hermoso sexo,
para el mal pronto, para el bien remiso,
que adora y aborrece casi a un tiempo.
Y no obstante con ansia lo buscamos,
lo seguimos constantes y exponemos
nuestra vida mil veces, nuestra honra,
sólo por complacer sus devaneos.

¡Oh voz terrible! Oh eco, que resuena
con temeroso son, cesa un momento.
Mis delirios pasados no reprendas,
ni los que hacer pensaba sin consejo.
Ya la razón conozco, ya rasgado
desapareció del todo el turbio velo,
que la virtud sagrada me encubría.

Ya las densas tinieblas se han deshecho.

¡Qué confusión, oh Cielos! El semblante
se cubre de rubor, se pasma el pecho.
¿En jardines amenos me juzgaba
cuando iba caminando por desiertos?
¿He llorado y aún lloro porque fuera
estoy de un laberinto tan revuelto,
que era imposible hallarle la salida,
aun con el hilo que llevó Teseo?

¿Qué imaginaba? ¡Ah triste! Deslumbrado
con sus inmensas calles Y rodeos,
no advertí que iba a ser presa de un monstruo
jamás de sangre humana satisfecho.
Allí fijar quería mi morada,
allí pasar mis días venideros.
Ni oía los bramidos espantosos,
que hacían resonar los montes huecos.

Ni veía las fúnebres reliquias,
que, esparcidas en torno aquel terreno,
denotaban que muchos infelices
a manos de su furia perecieron.
Mas una ingratitud inesperada,
que con razón feliz llamarla debo,
del mar de la desdicha me ha sacado,
concediendo a mis ansias dulce puerto.

Ella me ha dado más salud que aquella
muchedumbre de gustos lisonjeros,
que con una apariencia deliciosa
eran engaños pérfidos y horrendos,
que a las sangrientas uñas me arrastraban
de aquel monstruo feroz a quien los necios
apellidan Amor, en honra suya
quemando ufanos oloroso incienso.

Ella me ha dado a conocer ahora
toda la fuerza del atroz veneno
que encerraba aquel vaso cristalino,
en tomo dibujado con esmero.
Ella del pecho me arrancó la yerba,
que no dejando que tomase aumento
la nacida semilla provechosa,
sofocaba los frutos venideros.

Mas ¡ay! que de raíz no la ha quitado

y las pequeñas hebras que conservo
tal conmoción me causan, que destruyen
los dulces gustos que a gozar empiezo.
Si supierais, amantes, qué de bienes
causa la ingratitud en el que ajeno
se encuentra de perfidia semejante,
no poblarais el aire de lamentos.

Desde que el Sol se muestra en el Oriente
hasta que oculta su luciente aspecto
estaríais rogando al Cielo diese
a la más firme veleidoso genio.
¡Qué días tan felices ya me esperan
contemplando que estuve en tanto riesgo,
rota la nave, el viento desatado,
y los abismos de la mar abiertos!

Veré con risa la fatal cadena,
que al carro del Amor me tuvo preso,
burlaréme del fuego de su antorcha,
y pisaré sus flechas con desprecio...
Mas, ¿adónde me lleva mi delirio?
Y, ¿qué arrebató es éste, entendimiento?
No, no puedo esperar alivio alguno.
Los gustos para mí no fueron hechos.

Antes huyen de mí, contaminarse
temen con los gemidos que del pecho
arranco sin cesar. Sus alas tienden
y desaparecen con ligero vuelo.
Mi loca fantasía se complace
con engaños crüeles, pues poniendo
los placeres que espero ante mi vista,
se olvida del dolor que experimento.

¿De qué me sirve alimentar la dulce
esperanza de ser feliz un tiempo,
si en tanto me hallo en el pesar sumido,
sin ver en torno sombra de consuelo?
Un trozo de cadena todavía
la cerviz me sujeta con su peso,
sus recios eslabones me repiten
que aún dura mi terrible cautiverio.

Dura y soy desdichado, sí. ¿Qué importa
que el amar ocasione mil tormentos,

si el corazón con ellos se complace,
si su dicha mayor la funda en ellos?
Arrancarle este mal es darle muerte,
que ya naturaleza en él se ha vuelto.
Por eso sufro y gusto de la pena,
que me obliga a llorar en el silencio.

Mas ¡ay! hasta estar libre de la fiebre
atroz que, apoderada de mis huesos,
en la misma médula ha penetrado,
seré de la desgracia triste objeto.
¡Qué tropel de horrosas confusiones!
¡Qué de penas me asaltan con despecho!
Con ilusiones tristes me amedrentan,
me llenan de temor y desaliento.

Apenas respirar puedo sin llanto,
se enervan ¡ay de mí! todos los miembros.
Los sentidos se ofuscan, se entorpece
la mente... ¡Qué terrible desconcierto!
Mas tú, Noche, confunde entre tus sombras
mis ayes, apresura el movimiento
para que llegue, derramando luces,
la mañana feliz de mi sosiego.

A la muerte del Coronel Don José Cadalso
(comandante de escuadrón del regimiento de caballería de Borbón)

¡Qué triste llanto hiere mis oídos!
¡qué rumor tan confuso! ¡qué lamento!
¡oh noticia crüel! ¿con qué gemidos

demostraré mi angustia? No hay aliento
que pueda explicar penas tan furiosas,
ni cosa que se iguale a mi tormento.

¿Pero qué hijos de peñas escabrosas,
por carniceros tigres engendrados,
y arrullados por sierpes venenosas,

y qué pechos serán los que obstinados
no padezcan ahora la amargura,
que acibara los nuestros desdichados?

Oh Muerte inexorable, oh Muerte dura,
¿Por qué cortas la planta más florida,
privándonos así de su hermosura?

¿Por qué tan a menudo enfurecida
empleas en los buenos tu guadaña,
que debieran gozar eterna vida?

¿No sería mejor, no fuera hazaña
segar aquellos monstruos venenosos,
que la inocencia ahogan con su saña?

Entonces, sí, serían más famosos
tus hechos, Muerte. Entonces los mortales
con tu vista serían virtuosos.

Mas ahora, que traes tantos males

al que tributa a la virtud honores,
que conviertes sus ojos en raudales,

pues que sólo descargas tus rigores
en los que, cultivando su talento,
procuran ser más sabios o mejores,

maldecimos tu mano, tu ardimiento,
suplicando al que reina en las alturas
que para compensar tanto tormento,

y acabar de una vez con tus locuras,
te arrojen al Averno, y con cadenas
te hagan tan formidables ataduras,

que se revienten de hinchazón las venas,
y sea disipado enteramente
el humor infernal de que están llenas.

¡Ay Dios! El sentimiento, que al presente
con furor me devora, lo ha causado
esa tu ansia de aniquilar ardiente.

Sí, Muerte, sí, la vida has destrozado
de Cadalso, Cadalso esclarecido,
cuya frente en los Cielos ha tocado.

De aquel que en el ingenio ha competido

con el dulce Anacreón, alabando
como el anciano a Baco y a Cupido,

y con la diestra a veces empuñando
la sonora trompeta, celebraba
de los guerreros el glorioso bando.

El coturno otras veces se calzaba,
o pintando los hechos lastimosos
lágrimas compasivas arrancaba.

Otras, bajo los mirtos más frondosos,
sentado con su Filis en las riberas
de los mansos arroyos sonorosos,

con quejas y canciones lastimeras,
en que el fuego brillaba y la dulzura,
mostraba sus heridas verdaderas.

Verías conmoverse la espesura,
ablandarse las piedras, y el contento
dibujado en las flores y verdura.

¡Cuántas atacó el vicio macilento!
Pero con gracia tal que parecía
ser de Persio o Marcial su activo acento.

Ya no puede crecer, oh Muerte impía,
esta planta feraz, pues la cortaste
cuando sus frescas ramas extendía.

Tú el saber y la risa nos quitaste,
y a la España aquel hijo, en quien fundada
tenía su esperanza, le robaste.

Esta matrona, que antes penetrada
se vio de humanidad para cualquiera,
ahora, de agonía traspasada,

se abandona a su llanto de manera
que, la frente en sus manos apoyando,
inmóvil muchas horas persevera.

Está allá en su memoria repasando
los hijos más famosos, que ha perdido,
y los va unos con otros comparando.

Apolo del suceso enternecido
a sus plantas se postra y con dolientes
ayes su flaco aliento interrumpido,

le acuerda los pasados y presentes,
que compusieron obras delicadas,
y, aunque en Pindo bebieron de sus fuentes,

eran las de éste tan aventajadas,
que encima descollaban cual robusto
quejigo sobre yerbas desmedradas.

Y, al mirar la cabeza, que con gusto
orló mil veces, ya deshecha, llora,
llamando con furor al Cielo injusto.

Hasta el terrible Marte, que colora
con sangre los arroyos y los prados
y gusta de la muerte, gime ahora.

De sus ojos, de saña encarnizados,
lágrimas compasivas han corrido,
maldiciendo mil veces a los hados.

Y a la funesta mano, que ha prendido
fuego al robusto obús, de do la muerte
salió para un soldado tan cumplido,

llora de rabia el Dios su infausta suerte,
llora el haber perdido en este solo
un sabio César, un Aníbal fuerte.

Y que hubiera del uno al otro polo
su nombre cual guerrero dilatado,
que hoy sólo se repite por Apolo.

En su mente renueva que, ya armado
muy joven con insignias militares,
bajo sus estandartes fue alistado

y, atrevido pisando los lugares,
por donde el Duero lleva su corriente,
se labraba laureles a millares,

que hubieran coronado aquella frente,

que esta noche el Britano valeroso
sin querer destrozó bárbaramente.

Sí, el mismo Inglés intrépido dudoso
estuvo al prender fuego en el terrible
obús, de tanto daño receloso.

Quería que el destrozo fuera horrible,
que la sangre del íbero vertiera,
que fuera su furor irresistible.

Mas no quería, no, que destruyera
de un varón altamente respetado
la vida, que apreció sobremanera.

Ese ímpetu detén arrebatado
hierro destruidor, mira su ciencia,
venera su talento delicado.

Mas, ¿quién halló a la guerra resistencia?
¿quién dudó que es origen de mil males,
y en quien la Muerte funda su potencia?

¿Quién se encontrará ya de los mortales
que no se canse y sienta los excesos,
que suelen cometerse en tiempos tales?

¿Quién no verá que de entre los progresos
de las armas, que en medio de las glorias
nacen infelicísimos sucesos?

¿Quién no mira que ocultan las historias
las desgracias, que manan de la guerra,
contando las hazañas y victorias?

¿Y quién de los que habitan esta tierra
habrá llorado tanto cual nosotros,
donde el compendio del dolor se encierra?

¡Felices muchas veces, oh vosotros,
que alegres con la suerte, que os dio el Cielo,
no envidiáis las fortunas de los otros!

¡No queréis tener mando sobre el suelo,
ni después de la muerte lograr fama,
pero no conocéis el desconsuelo!

Esto fortuna con verdad se llama,
éstos son los placeres más sabrosos,
donde nunca la pena se derrama.

Pero tú, que allá en campos luminosos
gozas bienes eternos, tú, que habitas
lugares do no moran los viciosos,

do no hay cizañas, donde no hay malditas
discordias, donde todo es paz, contento,
y do reinan dulzuras infinitas,

escucha compasivo mi lamento
y pide que te siga prestamente
al que manda en la tierra y firmamento.

Y un altar rico, hermoso y eminente
formaré mientras tanto en tu memoria,
que humeando estará continuamente.

Pintaré alrededor la triste historia,
en que acabó tu vida, señalando
tus acciones de más renombre y gloria.

En ella expresaré pomenor cuando
saliste a ver las obras avanzadas,
tu espíritu guerrero demostrando.

Que ni las duras balas disparadas
por el altivo Inglés ni el estallido
de las pesadas bombas y granadas,

ni la sangre del muerto, ni el gemido
del herido pudieron conmoverte,
como un peñasco de olas combatido.

Pues más sereno cada vez y fuerte
por medio del peligro discurrías
sin el temor más leve de la muerte.

Con prolija atención y arte medías
el trabajo tenaz de la trinchera.
Todo lo andabas, todo lo veías.

Átropos mientras tanto altiva y fiera

sobre tu frente con vigor sonaba
para cortar tu aliento la tijera.

Cloto la rueca de pesar soltaba
y a Laquesis el hilo, que torcía,
en los trémulos dedos se enredaba.

Mas tu pecho guerrero, que gemía
por llegar de la Fama al alto templo,
del furor del contrario se reía,

dando de tu valor heroico ejemplo
al soldado feroz, que desmayado,
y triste por tu muerte le contemplo.

Pintaré al General al otro lado
lleno de agitación porque ha perdido
el oficial que había más amado.

Y a todos los mejores preferidos,
por ser en lo político excelente,
y en diferentes lenguas instruido.

Pondré la alteración, que justamente
tuvo todo el ejército, sabiendo
la muerte de un varón tan eminente.

Pondré tu cuerpo... Pero no, ese horrendo
espectáculo lejos de mis ojos,
que se están con el llanto deshaciendo.

No quiero que los lúgubres despojos,
que consiguió la Muerte, a tus amigos
produzcan con su vista mil enojos.

Únicamente aspiro a que testigos
sean de tu valor y tu talento,
que apreciaron tus mismos enemigos.

También para un eterno monumento
del honor, que tus méritos lograron,
poner esta inscripción en él intento:

«Aquí yace Cadalso, a quien amaron
Marte, Palas y Apolo, cuya muerte
amigos y enemigos lamentaron.»

Tu altar formar lo quiero de esta suerte,
ya que los siempre inexorables hados
hoy me privaron del placer de verte.

Y de leche reciente bien colmados
dos vasos, dos de aceite mantecoso
serán en él cada año derramados.

Tu nombre invocare con son lloroso
y, de tamariz verde coronado,
le cercaré cien veces presuroso.

En este sacrificio acompañado
seré del dulce Tirso, del fluido
Elfino y de Batilo delicado.

Cuando vean los tres el conocido
y funesto lugar donde expiraste,
sacando un profundísimo gemido,

dirán: «Suelo dichoso, que abrigaste
la sangre de un varón, que merecía
un más eterno y más precioso engaste.

«Tú, que fuiste testigo de aquel día,
que despreciando la granada fiera,
que el término a su aliento conducía,

se mantuvo sereno en la trinchera
hasta que al reventar con rabia ardiente
la frente destrozó que no debiera.

«Tú, que viste su espíritu eminente,
y que ves nuestro llanto, allá en tu seno
a los tres nos esconde juntamente.»

En cuanto el ponto de agua exista lleno,
los troncos con raíces se sostengan,
la serpiente conserve su veneno,

los ganados de yerba se mantengan,
habiten los delfines en los mares
y las desdichas tras los bienes vengan,

crecerán en nosotros los pesares,

y crecerá tu nombre, que merece
otros loores aún más singulares.

Y mientras que tu fama se alza y crece,
penetrado de amargo sentimiento,
mi fatigado aliento desfallece.

Y así colgado dejo mi instrumento
de un fúnebre ciprés, no por el canto,
sino porque con él mi triste acento
ha expresado del pecho el justo llanto.

A Cupido por haber visto a Silvia después de largo tiempo

No tienes que sonar el arco duro,
ni alargar la saeta penetrante,
que rendido me tienes y seguro.

¿Quién, Cupido, será tan arrogante
que viendo a Silvia, cual la vi, rehuya
rendirse a su poder en el instante?

Quien no quisiere tus placeres, huya,
que yo, que tanto bien por ti he logrado,
más voluntad no quiero que la tuya.

Quiero tu esclavo ser, quiero amarrado
seguir al carro de tu triunfo y quiero
confesar que me encuentro enamorado.

¿Hay un gusto más grande y verdadero
que poseer de Silvia el pecho hermoso,
el pecho a quien se humilla el orbe entero?

El coro de los Dioses generoso
sus gracias puso en él con larga mano
para que fuese en todo venturoso.

Su fuego abrasador le dio Vulcano,
Mavorte su firmeza diamantina,
su resplandor Apolo soberano.

Sus frutos abundosos Eleusina,
su albor el Alba, Baco su frescura

y Minerva su forma peregrina.

La Cipria ¿qué le dio? ¿Fue por ventura
sola entre tantos para Silvia avara?
Más que todos le dio, le dio dulzura.

Con ella se defiende, el rayo para,
derriba al fuerte, alcanza la victoria,
tal es la fuerza de virtud tan rara.

¡Oh tiempo aquel, oh tiempo de mi gloria,
que estuve tal dulzura disfrutando!
Por eso apenas de él queda memoria.

¡Ojalá que otra vez vaya arrastrando
una cadena para mí tan leve,
y sienta un yugo para mí tan blando!

Oh Cupido crüel, Cupido aleve,
tú quieres que en suspiros me deshaga,
que tu ardiente rigor con ansia pruebe.

A tus plantas me tienes, satisfaga
tu corazón en mí su rabia fiera.
Pero da a mi humildad su justa paga.

Haz que Silvia también sienta la hoguera,
que otro tiempo su pecho consumía,
y admita mis cariños lisonjera.

Que se angustie en mi ausencia cual solía,
que al tenerme a su vista se demude
y su inquietud produzca mi alegría.

Esto te pido, con ardor acude.
Favorece a tu esclavo, que no hay nada
que tema como Amor su esfuerzo ayude.

¿Qué le puede dañar Fortuna airada?
¿Qué le harán los magnates poderosos?
¿Qué la plebe sangrienta amotinada?

En los brazos de Silvia deliciosos
encontrará seguro estable puerto
contra todos los vientos borrascosos.

Esto ruego, Cupido, ten por cierto
que si no hallo en su pecho dulce abrigo,
al amante más fino verás muerto,
perdiendo ¡ay triste! tu mejor amigo.

La muerte

(Poema filosófico)

Argumento

Invocación, y proposición.

Duermese el Pöeta, aparecésele la Muerte y le arrebatada por el ayre, enseñándole todo lo criado.

Entran en un edificio arruinado.

Declárale la Muerte que aquel es el sepulcro.

Imprecación contra la Muerte, en que está la división del Poema.

Discurso de la Muerte. La vida llena de males desde la cuna hasta el sepulcro.

Poder del Tiempo.

Nacimiento del Tiempo, su curso, y el de las Horas.

Insensibilidad del hombre á los avisos de la Muerte.

Miserias que rodëan al hombre.

Son más infelices los que viven en medio de la opulencia.

Exemplo, entrada de Salomón en su palacio.

La Muerte pone el alma en libertad.

La Muerte se manifiesta en quanto rodëa al hombre.

El nacimiento y la Muerte son los dos puntos sobre los que gira la vida. Igualmente aumenta que disminuye.

Lo mismo que vino la vida se va.

La Muerte no viene cercada de dolores.

Unos temen la Muerte, otros la buscan: la temen los que viven en los deleytes.

Exemplo, banquete de Damocles.

Buscan la Muerte los desgraciados.

Exemplos varios.

Conversión contra los suicidas: pruebase la locura del suicidio.

Y principalmente la de los Materialistas.

No se debe amar la vida tanto, ni aborrecer tanto la Muerte: el justo no la teme.

Exemplo, Muerte de Séneca.

Despiertase el Poeta.

El Poema – La muerte

Santa verdad, a ti que, colocada
bajo un solio eternal, estás mirando
con ojos compasivos cómo el hombre
se deja seducir del vil engaño.

A ti, que pura guardas en tu seno
la preciosa virtud y con un labio
lleno de fortaleza contrarrestas
cuanto se opone a tu candor sagrado,

a ti imploro, tu auxilio sólo
busco con ansia, con ardor te llamo
para que pueda descifrar mi acento
de un sueño misterioso los arcanos.

...

Cuanto has visto al impulso mío cede
y en este sitio yacen encerrados
los restos miserables que en el mundo
las orgullosas almas animaron.

Aquí no se esclaviza, ni se adula,
aquí no hay clases, condición, ni estados,
aquí son polvo cetros y tiaras
y aquí cual humo se disipa el fausto.

Éste, absorto mortal, es el sepulcro.
Allí Aquiles reposa, allí Alejandro,
más allá está la tumba de Sertorio,
y allá la de Escipión el Africano.

Allí Tersites feo, Cresos rico,
Aristides el justo, Alfonso el Casto,
Ciego Tiresias, Iro miserable,
Néstor prudente y bueno Vespasiano.

Mi guadaña se extiende a todas partes,
y de la misma suerte desbarato
las cabañas de simples ganaderos,
que de Reyes soberbios los palacios.

Aunque fabrique torres el altivo,
atesore metales el avaro,
amontone trofeos el guerrero
y consiga favores el privado,

no evitan mis rigores. La hermosura,

el juvenil candor, el dulce halago,
el vigor varonil y el poderío
el Tiempo lo consume, yo lo acabo.

Suspende aquí el discurso porque lleno
de horror al conocerla, en tierra caigo.
Me levanta, me alienta y, al instante
que ve desvanecido mi desmayo,

abre su obscuro imperio, me demuestra
en su profundo cavernoso espacio
templos, tronos, alcázares deshechos
y rayos de la guerra ya apagados.

En vez de innumerables escuadrones,
en vez de ricos y pomposos carros,
cuyos robustos ejes rechinaban
al peso de trofeos sanguinarios,

en vez de enhiestas palmas vencedoras,
de frondoso laurel, triunfales arcos,
que al guerrero adulaban e infundían
el bélico furor, el entusiasmo,

polvo hacinado, podredumbre infecta
se presenta a mi vista y a un puñado
de ceniza infecunda reducidos,
los que tantos imperios trastornaron.

Pirámides altivas, monumentos,
que fabricó el orgullo, en cuyo ornato
el oro se apuró, que de las minas
sacó para su mal el hombre avaro.

Escombros son: sus nombres ya no existen.
[...]
En su dorado lecho se acongoja
y está con amargura sollozando.

¿Qué veo? ¿Salomón? ¿El Rey potente?
¿El sabio? ¿El opulento? ¿El envidiado?
Sí: el mismo. Hasta la vida ya detesta.
Su enojoso fastidio llega a tanto.

Porque teniendo innumerables bienes
de lo que más desea se halla falto.

No tiene paz, el bien que únicamente
al hombre puede hacer afortunado.

¿Ves cuántas penas en la vida existen?
¿Qué no presentan sus placeres gratos
sino copas colmadas de veneno?
¿Y os quejáis porque evito sus estragos?

Otros contentos mi poder ofrece,
que no es posible disfrutar en tanto
que el aura de la vida el cuerpo anime.
Tal es su precio, su valor tan alto.

El alma dentro de él vive cautiva
y, aprisionada con robustos lazos,
ignora la verdad, pues los sentidos
sólo le traen ilusión y engaño.

Yo rompo sus prisiones, yo disipo
delante de ella todos los nublados
su luz la vuelvo y al Eterno busca
con alas que recibe de mi mano.

¿A qué vienen, mortales, vuestras quejas?
¿A qué los epítetos, que han llenado
mi triste nombre de baldón y oprobio?
¿A qué tanto furor? ¿Encono tanto?

Unos me juzgan término del gusto,
otros consuelo y fin de los cuidados.
Aquéllos de mi sombra se estremecen,
éstos me invocan con ardor insano.

El hombre que olvidado de sí mismo
e asemeja a los brutos, reposando
sobre el torpe deleite, ¡cuál se agita,
cuando a la puerta de su estancia llamo!

Reclinado Damocles blandamente
en un pomposo lecho, rodeado
de estatuas, de tapices, de pinturas,
en que el arte y el gusto se esmeraron,

enfrente de una mesa, do advertía
vajillas ricas, primorosos vasos,
graciosos ramilletes, lindas flores,

süaves vinos y manjares gratos.

Las aromas de Persia y las de Arabia
en delicadas copas humeando,
sus blandos miembros y cabello ungidos
con el fino oloroso Malabatro,

servido de mancebos diligentes,
oyendo el dulce y armonioso canto
de tiernas ninfas, cuyos rostros eran
del ocio redes, de Cupido lazos.

Con las perlas de Oriente, con el oro
de Tíbar y con púrpura adornado.
En su derecha colocado el cetro,
la corona sus sienes ocupando,

¿no debiera tenerse por contento?
¿No debiera llamarse afortunado?
¿No debiera la Envidia al contemplarle
llorar de enojo y remorder sus labios?

Debiera ciertamente, si Dionisio
en medio del magnífico aparato
un sable agudo de una débil cerda
no suspendiera al artesón dorado.

La cerviz del dichoso amenazaba
y él a su vista, con horrendo pasmo,
opreso el corazón, todos sus gustos
iba en acíbar y en dolor tornando.

Ya no veía los sirvientes bellos
ni del rico metal hacía caso,
ni la mano alargaba hacia la mesa.
La corona se le iba deslizando.

Inquieto, pidió al Rey que le dejara
hüir del trono y su engañoso fausto:
Que no es posible venturoso sea
quien está de un peligro amenazado.

No le es dado arrostrar la muerte al impío.
Ella disipa todos los engaños
y el horror de sus vicios lo conturba
al deshacerse el mundanal encanto.

Y vosotros que veís con torvo ceño
al Supremo Hacedor, que os ha criado,
negáis su vida al alma y os agrada
la humilde tierra más que el Cielo sacro,

¿por ventura pensáis que con la Muerte
se halla un escudo contra el signo infausto?
Si el alma muere con el cuerpo ¿dónde
hallaréis el placer que vais buscando?

Placer sin existencia, ¡qué locura!
Tener un solo bien y despreciarlo
¡qué ciego error! Si nada se halla eterno,
¿por qué el fin de los males no esperamos?

El bien de la esperanza siempre queda.
Quien oye a la Razón, descubre un rayo,
que le muestra la playa deseada,
adonde encaminar el roto vaso.

Los males y los bienes se suceden
con un rápido giro. El desdichado
cuanto más oprimido de la suerte,
está de la fortuna más cercano.

Las fibras, conmovidas dulcemente,
causan al hombre los placeres gratos,
al modo que las cuerdas, cuando heridas
están por los Orfeos o Terpandros.

Mas si el dolor las pulsa con dureza,
si va sus vibraciones agitando,
se altera la armonía, produciendo
rudos sonidos sin compás ni agrado.

Tales son las pasiones desatadas,
el alma agitan, como suele el Austro,
rebramando, alterar los hondos mares
cuando aparece el nebuloso Acuario.
Como no hay movimiento que conserve

siempre el impulso en su primer estado
cuando cesa la acción, la calma vuelve,
y vuelven los placeres regalados.
Usar entonces de las claras luces,

que Natura os prestó con pecho franco,

debíais, oh mortales, dando oídos
a la Filosofía como sabios.

No queráis resistir a la tormenta,
con las velas su rabia provocando,
amarrad el timón y al ronco Noto

desnudos oponed los recios palos.
Todo con la constancia al fin se vence,
todo lo pierde el corazón menguado.
Arrostrar el peligro es de valientes,
de cobardes ceder a los trabajos.

Tal fue el gran Lucio Séneca, que en medio
del brillo de la corte, en el más alto
puesto que conceder Fortuna puede
cerca de los monarcas a un vasallo.

Oyendo de Nerón dulces lisonjas,
que pío, generoso, derramando
a manos llenas su tesoro inmenso
le deja en las riquezas anegado,

no demuestra ambición, no se deslumbra
con la delicia y mentiroso fausto,
que anejo al trono, el corazón empece
del que se lleva de esplendores falsos.

No tuvo el vicio en su interior cabida,
fue siempre justo, moderado y casto.
Disfrutó de la vida, sin que nunca
corromperle pudieran sus halagos.

Y cuando incorporado sobre el lecho,
el brazo descubierto, el pie descalzo
para entregarlos al feroz verdugo,
de agudo acero y de impiedad armado,

al cuello asida su adorada esposa
sin poder alentar, con llanto amargo,
en torno los amigos, los sollozos
reprimiendo por miedo del tirano,

llena la casa del curioso vulgo,
el salón en silencio sepultado,

y todos los presentes comprimidos
unos de compasión, otros de espanto

le amenaza la Muerte, no se altera.
No le oprime el temor, ni gime cuando
cortan sus venas y la sangre salta,
que el sosiego en su rostro está pintado.

Y extendiendo la mano a sus amigos,
con reposada voz, con tono claro
les dicta sus consejos postrimeros,
que no les deja trasladar el pasmo.

Al escribir la pluma se resbala
de sus trémulos dedos, y enclavados
sus ojos en la boca del maestro,
parecen hechos de insensible mármol.

El los anima con heroico esfuerzo
y los convence que el preciso paso
de la muerte, que temen y en él miran,
nada tiene de nuevo ni de infausto.

...

Calla la Muerte, quiero replicarla,
y antes que llegue la palabra al labio
se disipa aquel sueño y me despierto
lleno de confusión y desengaños.

OMMÍADA

CANTO I

Sucesos de los siglos ya pasados,
hazañas generosas de otros tiempos,
revivid en mi canto numeroso.
Sacro Betis, que ciñes tu alta frente
de fresco lauro y verdinegra oliva,
y tú, aurífero Tajo, con el ronco
y lento murmurar de vuestras aguas
recordáis a mi mente las acciones,
que yacen en el seno del olvido.
Vuestras amenas márgenes se vieron
oprimidas al peso de las huestes
y empapadas en sangre de sus hijos.

Los montones de arena, levantados
sobre sus fríos restos, se conservan
a par de los collados todavía.
Encima el cardo solitario crece,
y su erizada crencha agita el viento.
El labrador dirige el corvo arado,
y los secos terrones con la reja
deshace y desenvuelve. El hierro duro
en los huesos tropieza de los héroes.
Resuenan. Un terror pánico ocupa
su incauto corazón y retrocede.
Mostradme, ríos, sus gloriosos nombres,
y aquel fuerte varón, que, perseguido
del hado adverso, anduvo vagueando
por la costa del Asia y la de Libia,
hasta que el Cielo, ya aplacado, quiso
coronar su virtud con un imperio,
como el que habían a su ilustre casa
con impulso feroz arrebatado.
Tú, Musa, que la oculta causa sabes
de esta admirable acción, con voz sonora
publica las belígeras hazañas
del renuevo de Ommia generoso,
que logró separar la noble Hesperia
del árabe Califa para siempre.
La sombra de Merván así replica:
Junta tus compañeros y parciales.
Anima sus caídos corazones.
Diles que si mi Casa perdió el trono
de la fecunda Siria y seca Arabia,
en Esbania reserva el Cielo justo
otro mucho mejor a mi familia.
No todo ha perecido al sanguinoso
hierro de Audalla. Su furor no pudo
contrastar los decretos del Eterno.
En medio de la sangre y de las llamas
el justo Abderramen se ha conservado:
Oculto vive en África, temiendo
que le sea fortuna adversa siempre,
y su ánimo sensible, penetrada
de los encantos de una amante tierna,
el mando y cetro por amor olvida.
Es preciso arrancarle de su seno,
presentarle la imagen de la gloria,
enardecer su pecho y disponerle
para las rudas lides y batallas.

Es joven, treinta abriles tiene apenas
y al aspecto del trono y a los ecos
de la fama su pecho generoso
desplegará sus ínclitas virtudes.
Para poder seguros conocerle
estas señales os indica el cielo:
Bajo una erguida poderosa palma
le hallaréis recostado con su amante.
Una águila caudal con vuelo rauda
cercará muchas veces su cabeza
y luego, sublimada sobre el aire
con una rapidez casi increíble
se robará a la vista entre las nubes.
No perdáis un momento. Declaradle
los decretos de Alláh y antes que pueda
perturbarle su amor, haced que deje
su escondida mansión y el trono ocupe.

CANTO III

Apareció el Califa, precedido
de una hermosa brillante comitiva,
caballos ricamente enjaezados,
jinetes de extremada gentileza,
peones revestidos de lucientes
corazas y de cascos penachudos,
escudos timbreados de mil formas,
con alfanjes, con mazas y con picas,
que brillaban cual suele en el estío
aparecer un monte todo en llamas
en medio de las sombras de la noche.
En pos Abúl venía con Audalla
en carro de marfil y otro, tirado
por cuatro yeguas blancas cual la nieve.
Los Ommíades todos le cercaban,
terminando cortejo tan lucido.
Paróse el carro frente el alto trono:
El Califa y Audalla descendieron
y, después de subir la escala augusta
al compás de una música guerrera,
el primero ocupó la regia silla,
y a su derecha en pie quedó el segundo.
Desplegaron las tropas de tal suerte,
que, formando un gran círculo, dejaron
a los ilustres Príncipes en medio.

Entonces un heraldo con sonora
y perceptible voz: Hoy es el día
de la federación, clamo tres veces.
Ommíades venid, dad al Califa
el debido homenaje. Calló, al punto
todos en movimiento se pusieron
para subir las gradas del teatro
y rendir la anhelada pleitesía.
Entonces el tirano atroz Audalla
hizo la seña concertada y luego
los bárbaros soldados se arrojaron
sobre la incauta excelsa muchedumbre,
descargando sus mazas poderosas.
Como cuando en estío de la cima
del Líbano canudo se desgajan
con ímpetu torrentes caudalosos.
Hinchán el claro Oronte y él se esparce
con murmurar horrendo por los campos.
Las lindas huertas, que la Siria esmaltan,
se cubren con la tierra cenagosa
y matas secas, que en su curso arrastra
trastórnanse los árboles erguidos,
y los robustos ramos con los pingües
frutos por tierra derramados yacen.
Desaparece de su faz hermosa
la inocente alegría y en vez suya
horror, miseria y mortandad se advierte:
Así fue destrozada en un momento
familia tan ilustre y numerosa.
...

CANTO VII

Sobre el negro lintel de la ancha puerta
están posando las ardientes Ansias,
las voraces Congojas, las Dolencias
de miembros flacos y color quebrada,
la temblante Vejez, la vil Pobreza,
el Miedo engañoso y el triste Lloro.
También la Muerte descarnada y fría
entre estos monstruos pávidos se muestra.
A la una parte y otra de la entrada
están la Guerra y la voraz Discordia,
para aterrar al mundo prevenidas.
La Guerra tiene uncidos sus caballos

a su carro de hierro y en la diestra
el asta agita con sonante giro.
La Discordia, de víboras crinada,
y éstas prendidas con sangrienta toca,
aullando, el ancho lago en torno asorda.
Un Ángel, esgrimiendo con viveza
una espada de fuego rutilante,
a estas fieras contiene y guarda el paso.
Mas apenas a Adona ve, que deja
caer el grave puente levadizo
con estridor horrendo semejante
al de un monte de nieve endurecida,
cuando en el seco estío se desgaja
y al hondo valle despeñado rueda,
dejando un grande pueblo soterrado
debajo de sus ruinas espantosas,
sin que pueda después el pasajero
señalar el paraje en que existía,
y rechinando con gemido agudo,
se abrieron las compuertas diamantinas.
El Ángel el umbral adusto pisa,
mas, apenas el pie en la tierra imprime,
cuando del interior recinto salen
panteras y leones carniceros
y en pos rugiendo a devorarlo corren
entre sus dientes y sangrientas garras.
Mas, conociendo su carácter, vierten
espuma venenosa por los labios,
y sus miembros de cólera retiemblan.
Pasa y en lo interior encuentra el sello
del soberbio Zabban, a quien ha dado
Alláh las llaves del profundo infierno.
Está compuesto de hórridos dragones
con asquerosa piel y recia escama.
Enlazados los cuellos y las colas
y llamas y ponzoña pestilente
por ojos y por bocas arrojando.
Su frente erguida ciñe una corona
de acero duro convertido en brasa
y su mano por cetro un rayo tiene
flamífero y ligero, cual ninguno
hasta ahora se ha visto desprenderse
en medio de tormentas tronadoras.
La regia silla está dentro de un lago
de negra sangre y amarilla espuma.
Cuando Adona pisó la adusta estancia

retemblaron los muros poderosos
y el ruido en torno se esparció veloce
con ecos pavorosos y difusos.
Las ponzoñosas víboras, que el cuello
del infernal Rector están orlando,
a la vista del Ángel deslumbradas,
se dejaron caer y la cabeza
metieron en el lago sanguinoso,
deseando morir antes que verle.
Pero con su resuello las abrasa
Zabban y vuelve a darles nueva vida.
Ellas se elevan y su frente enroscan,
al claro Adona con pavor mirando.
Zabban entonces con acento bronco
tales razones de su labio arroja:
¿Cómo? ¿Adona? ¿Del Cielo luminoso
a las tristes moradas tú descienes,
donde nadie penetra, que no venga
a ser con grave pena atormentado?
Pero no veo en tu semblante impresa
la seña infausta del eterno enojo.
Tú has pisado mis pálidas regiones,
sin que nadie haya osado detenerte.
Sí, gozas de la luz, que me es odiosa
y en tu globo de plata te paseas
tranquilo por el éter. Mas, ¿qué buscas,
que no sin causa a mis dominios vienes?
dice, y Adona con ansioso pecho,
y balbuciente lengua le responde:
No me faltan angustias. Uriel quiere
levantar hasta el Cielo una familia,
que yace en el vil polvo derribada
y yo deseo confundir su nombre.
...

CANTO XIV

Entonces comenzó la ardiente pugna,
pues, arrojando al suelo el dardo y flecha,
armas de los mañosos y cobardes,
los terribles alfanjes empuñaron.
Mas las floridas tropas de Venegas
en apretadas filas los resisten
y hacen retroceder un largo trecho.
Omara, lleno de espumosa rabia,
así a la hueste cordubense insulta:

Miserables cambanios, ¿no habéis visto
que somos los terribles belatenses?
¿Para qué exasperáis nuestro coraje?
¿Pretendéis, por ventura, que se extinga
vuestra cobarde casta para siempre?
Tal debéis esperar de nuestro enojo.
¿Pues quién resiste al clima de Belata?
Nosotros, respondieron los guerreros.
Y, apretando el acero con la diestra,
contra los belatenses se arrojaron,
sembrando muertes y vertiendo sangre
por doquier que su brazo se extendía.
Omara con ardor su fuerza opone,
y a sus huestes alienta y enardece
y con la espada cortadora se abre
camino entre las filas cordobesas.
Mas éstas cual las olas, que a la orilla
la tempestad envía resonando,
que apenas una choca y se deshace,
otra su puesto ocupa presurosa
y siempre sierras de mugiente espuma
contra la playa con horror presenta,
cuando un peón ardiente el alma rinde,
otro no menos bravo le remplaza,
cubriendo el hueco, que en la heroica hueste
hace el alfanje del feroz caudillo.
Venegas vigilante y animoso
de un lado al otro corre y al cobarde
con agrio tono el desvalor reprende
y al valiente conforta con dulzura.
Esta es la puerta, les repite, amigos,
que guarda el campo y en vosotros fían
Elamira y los fuertes batallones,
que ayer ganaron gloria inmarcesible,
mientras, errando por enhiestos montes,
estuvimos distantes de la pugna.
¿Os creéis por ventura menos fuertes?
¿Menos dignos de lauros inmortales?
La esperanza, que tienen de nosotros,
¿será infundada acaso? No, no es vana.
Nosotros prometimos la defensa
de este importante paso y defenderlo
sabremos con esfuerzo denodado.
Dice y se avanza y al Caudillo busca,
ganoso de emplear en él su alfanje.
Mas en vez suya el taciturno Maza

se presenta a la lid con gallardía.
Pero Venegas, antes que descargue
el brazo, con fiereza levantado,
mete la punta del cortante acero
por la nudosa nuez del cuello altivo
y le corta las venas en seguida.
Cae supino y el semblante cubre
la muerte de una palidez horrible.
Los fuertes de Cuteka se estremecen
y un tanto aflojan el ardiente choque.
Entonces corre el Capitán osado
al frente de sus huestes valerosas,
y limpia el paso, como suele el viento,
que de la alta montaña se derriba,
y el suelo barre y en su impulso arrastra
cuanto encuentra con raudos remolinos.
Albin de Alcaratám al verle sale
del apretado batallón y firme
le aguarda, mas Venegas le acomete
rápido como el rayo. Albin no obstante,
levantando el alfanje poderoso,
le descarga al decir estas palabras:
Mi acero te hará ver que los que habitan
en campos pingües, de ganados llenos,
tienen más fortaleza y osadía
que los nacidos en fragosos montes.
Dice y cae el alfanje resonando
sobre la frente audaz del cambaniense.
Le aturde, descompone, desatenta
mas no le hiere. La afollada toca
el golpe para y el templado casco
lo repele hacia afuera. Pero al punto
ensañado el intrépido Venegas
sobre él se arroja y la pujante espada
por bajo de la barba le introduce
y la saca por do termina el pelo
de cubrir la cabeza. Quieren otros
vengarle y le acompañan en la muerte.
Se presentan con rabia los de Arlite,
mas sufren un destrozo semejante.
...

CANTO XV

El desenvuelto Moraycel le sigue,

sin aflojar un punto en su porfía,
hasta do está el intrépido Abenámar:
como suele seguir un can valiente
al jabalí cerdoso por los montes,
ora le aqueja con su atroz ladrido,
y ora le muerde por doquier que puede.
El puerco alpestre con sañudos ojos
presenta sus colmillos, mas el presto
lebrele le esquivo y vuelve a la pelea,
hasta que al puesto llegan los monteros
con astas fuertes y cuchillas anchas.
Abenámar le mira y dice al fuerte
hijo de sarracino: Ve y emplea
tu arco nervioso en otros capitanes,
que para éste mi activa mano basta.
Y diciendo y haciendo, en los estribos
se alza y afirma la asta poderosa
bajo el brazo derecho. En pos la rienda
al bruto suelta y con furor se lanza
en contra del guerrero belatense.
Éste al verle venir el bridón pica,
la lanza enristra y el broquel apresta.
Llegan y chocan los caballos fuertes,
y hacia atrás aturcidos se retiran.
Las recias picas en la adarga dura
se quiebran y en astillas se deshacen.
Hierva de enojo el cordobés jinete
y el de Belata de furor retiembla.
Como si un mismo pensamiento hubiesen,
a un tiempo bajan la ajustada brida
y campo toman a talón batido.
Revuelven y se acercan y se embisten
con los duros alfanjes recorvados.
Abenámar descarga al punto el suyo
con tanta fuerza sobre el lado izquierdo,
que el ondulante airón y un camafeo
de precio inestimable, que enlazaba
las vanas vueltas de la blanca toca,
caen deshechos y rodando a tierra.
No víbora pisada enhiesta el cuello
con tan horrenda cólera y arroja
ponzoña y fuego por la boca y ojos,
como Omara al mirar roto el turbante.
No necesito, exclama, de reparos
para aterrarte, temerario joven,
dice y arranca el resto de las sienas,

dejando la cabeza descubierta.
En pos la espada aprieta con el puño,
y con tanta pujanza la derriba,
que Abenámar el cuello del caballo
mal grado su querer besa y abraza.
Omara quiere segundar el golpe
mas el bruto lo lleva de esa suerte
gran trecho por el campo, hasta que el peso
del cuerpo mismo en tierra lo derriba.
Deja la silla el bravo belatense
y antes que el Adalid cobre el sentido,
y abra los ojos, con eterna noche
se los cierra, cortando su cabeza.
Como el león hambriento de Numidia,
que una vez ya bañado en negra sangre,
no aplaca su furor y sed ardiente
y cabras y carneros y gacelas
y hasta fuertes panteras despedaza,
así Omara destruye cuanto topa,
sin saciar el ardor, que le consume.
Aquí atraviesa por el vientre a Farsi,
y ya exánime al suelo lo derriba.
Allí atropella al solapado Zúlnar,
y deshace en un punto sus ardides
con los delgados filos de su acero.
A Casem, que atrevido le resiste,
arranca con vigor la asta fornida,
y el generoso pecho le traspasa.
Y con esta arma recobrada envía
al turbio Gehenem miles y miles.
Muere a sus manos el feroz Ayube,
y el adusto Moslem y el débil Iza,
y el renegro Cafor y los hermanos
Alazir y Moez, que en vida nunca
se dividieron y la muerte quiso
también unirlos, pues la aguda lanza
del grande Omara los pilló de lado,
y cortó refileando los dos cuellos.
Un repentino inesperado impulso
volver los hizo y enlazar los brazos
y de esta suerte el suelo recibiólos,
mientras las almas, en amor iguales,
juntas volaron por el éter puro.
En tanto Moraycel con vivos pasos
acá y allá se mueve y con sus flechas
merma de los contrarios escuadrones

el número de ardientes capitanes.

...

CANTO XVII

Los restos de Cimón y de Pericles
están en el vil polvo confundidos.
Sólo su nombre se conserva intacto.
La gran Cartago, de la mar Señora,
¿adónde está? Sus muros poderosos
¿adónde? Y ¿dó sus ricos edificios?
Rotos, despedazados se confunden
entre las ondas del grandioso puerto,
que ahora con silencio las recibe.
Roma, de la mitad del orbe Reina,
y patria de Escipión y de Fabricio,
dobló su cuello al yugo de los Godos,
y perdió su vigor y lozanía.
Ni el linaje de César, aunque grande,
ni el de los Antoninos, aunque justo,
han los años fugaces conservado.
Por todas partes, do los ojos fijos,
verás reliquias del poder del Tiempo.
Tebas, con cien Palacios orgullosa,
Tiro y Sidón, en naves opulentas,
Palmira, de la gran Zenobia cuna,
todas son o montones de ruinas,
o polvo y sombra con recuerdos vanos.
Todo perece, el Tiempo no perdona
sobre la haz de la tierra cosa alguna.
¿Y tú pretendes que tu casa y cetro
gocen de una existencia que ninguno
hasta ahora en el mundo ha conseguido?
Bástale al hombre la sublime gloria
que alcanzan las hazañas y virtudes.
Estas viven, el cuerpo se consume.
La familia se acaba, se derrocan
los palacios y torres eminentes
y los grandes imperios se deshacen.
Piensa en ser digno de renombre eterno.
Si tú consigues tan suprema dicha,
mas que perezca tu progenie y trono
dice el anciano, y en el punto mismo
carro, caballos, todo desaparece.
Y, del profundo sueño despertando,

se encuentra Abderramen solo en su tienda
al tiempo que los rayos esplendentes
del Sol doraban las enhiestas cumbres,
y el rocío, esparcido por la aurora,
la yerba poco a poco sacudía.
Ninguno, exclama, sino Uriel pudiera
tal consuelo entre sueños presentarme.
Sí, le he reconocido en el anciano.
Sus claros ojos con eterno fuego
brillaban y mil rayos esparcían
y su acento süave resonaba
en mi oído lo mismo que el del joven
que en el Éufrates mitigó mi angustia.
Él me ampara y del globo de luz viva,
que de trono le sirve, envía al cielo
fervientes ruegos para que benigno
Alláh sus ojos hacia mí dirija.
Hagamos lo que ordena y caminemos
en pos la gloria con osada huella.
Así el hijo prudente de Moavia
se consuela con dulces reflexiones.
Cual rico mercader, que vio su nave,
cargada de oro y piedras del Oriente,
llegar al puerto y al entrar abrirse
contra unos arrecifes engañosos,
hundiendo bajo la onda su esperanza,
llénase de pesar, gime y suspira.
Mas, volviendo a su casa sin aliento,
recorre su caudal y halla que puede
reparar aquel daño con la industria,
y al punto aplacar su dolor y sólo
su pensamiento pone en el trabajo.
No de otro modo el capitán olvida
las pasadas desgracias y procura
con ahínco ganar laureles nuevos.

CANTO XVIII

Corre y empuña la fornida lanza,
con ella embarazado le acomete.
Apártala Yusef y le cercena
de un tajo el brazo, con estruendo cae
y el cuerpo laso por la atroz herida
se desangra con ímpetu horroroso.
Tafane empero, que a los dos amaba

desde la edad más tierna como padre
y en Mertela su patria los había
visto crecer en fuerzas y virtudes,
con heroico despecho se presenta
ante el fiero Abbasida y, No, no pienses,
exclama, que son todos los soldados
jóvenes en agraz, que al primer golpe
de tus armas inclinen la cabeza.
Tira, descarga, aquí me tienes, dice,
y mostrándole el pecho descubierto,
a matarle indefenso le convida.
Irritado Yusefo con la punta
embiste al generoso mertelano.
Mas él, saltando cual veloz pantera,
tan furioso altibajo le descarga,
que el gallardo turbante le deshace,
y abolla y rompe el rebruñido casco.
El Abbasida queda sin sentido,
suelta la espada y a caer empieza.
Mas los bravos Tadmiros le sostienen
y al frente de ellos con audaz denuedo
el süave Alhamino se adelanta.
Al verle tan compuesto y tan hermoso
Tafane con sonrisa: Qué bien hizo
en ponerte detrás tu jefe, exclama,
porque si no vivieran todavía
mis dos amigos, que angustiado lloro.
Mas no fuera razón que en tan honrosa
muerte no los siguieses tú. Y, alzando
el hierro cortador, le da tal golpe,
que medio a medio el corazón le parte.
Con la sangre se inunda el cuerpo todo
y expira tan de pronto, que no puede
un ay solo exhalar. Pero se queda
tan clavado el alfanje en la rotura
de la tabla del pecho que le impide
a Tafane el sacarlo, y entre tanto
que forcejea y debate por su cobro,
Yusef, ya vuelto del pasado golpe,
con un duro mandoble le cercena
la cabeza valiente. Cae, salta
dos, tres y cuatro veces por el suelo,
revolviendo los ojos moribundos,
y a cuantos la contemplan terroriza.
Cual suele un leñador de fuerte brazo,
enervado de frío en el invierno,

comenzar por los tiernos romerales,
hasta que cobra su calor nativo,
y la fuerza con él, que entonces prueba
el hacha en los arbustos más nudosos,
y al fin abate cuanto encuentra a mano,
así Yusefo y sus activas tropas,
con el primer suceso enardecidas,
sembrando van estrago por do quiera.

CANTO XXIV

Y, ¿cómo, dice con la voz tremante,
a implorar el perdón eres osado,
y a presentarme imágenes piadosas,
tú, cuyo pecho empedernido nunca
albergó la piedad en su impío seno?
¿Tú, que después de herir a una inocente,
su doloroso llanto no escuchaste,
dejándola en un bosque abandonada
a fin de hacer su muerte más horrible?
No mereces, cruel, que te perdone.
Anda, perverso, al Gehennem oscuro.
Y tú, Zoraya, temple el llanto acerbo,
que tu espada ya está, como deseas,
teñida con la sangre abominable
del que osó destrozar tus miembros puros.
Y, diciendo, le esconde el duro alfanje
por medio de los pechos hasta el pomo.
Entra cortando las entrañas todas,
por la tremenda boca de la herida
sale el ánima envuelta con la sangre
y el cadáver supino cae en tierra.
Entonces Abderramen corta de un golpe
con el caliente y humeante acero
la cabeza del mísero caudillo
y por la luenga barba alzada en alto
la arroja con desprecio hacia los siros,
que pálidos y trémulos estaban
contemplando la escena dolorosa.
Y estas palabras con ardor les dice:
Tomad esa cabeza y al Califa
llevádsela y decidle de mi parte
que así como del cuerpo para siempre
ha sido por mi brazo dividida,
para siempre la Esbania poderosa

ha sido separada de su imperio.

POESÍAS ASIÁTICAS

Advertencia

Siéndome forzoso para otra obra que estaba trabajando, el consultar los usos y costumbres de los Orientales, encontré en mi camino estas flores de la poesía asiática, las que he ido recogiendo para formar un ramo y presentarle a los amigos de las Musas. En este mi trabajo he procurado mostrarlas cuales son, de suerte que, aunque en diverso trage, no las desconozcan sus paisanos, pues conservan su tono nacional y sus maneras. En ninguna de las traducciones se echará de ver mejor que en las gazelas a odas de Hafiz, en las que en casi todas las que la tienen he retenido la repetición de la palabra. Verdad es que esto sólo se puede hacer en castellano, en donde los romances de todos metros facilitan estas repeticiones, que entre nosotros es una gracia, y en las demás lenguas europeas una dificultad casi invencible a causa de la precisión de la rima. Al principio hice mis traducciones en verso suelto porque para mí es el más generoso, según la espresion de Argensola, y porque en él se pueden trasladar todas las bellezas del original sin alterarlas en lo más mínimo. Sin embargo, para contentar a los que miran con ceño esta metrificacón, he hecho con rima o con asonantes las posteriores; pero no he podido menos de dejar como estaban las primeras. Me prometo que los amantes de la verdadera poesía distinguirán estas composiciones llenas de fuego él imágenes pintorescas de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algún tiempo acá de allende de los Pirineos, vendiéndonoslas como buena mercancía. Los genios españoles que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gálicas frialdades y no desdeñarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales suenan con honor algunos Hispanos cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.

A mi esposa

Mitad del alma mía,
ahora que la guerra
con sus gritos de Europa
a los cisnes ahuyenta,

ven conmigo a los campos
de la Arabia y la Persia
a escuchar de sus Musas
las gratas cantinelas:

Son como tú sencillas,
son como tú halagüeñas
y están como tu pecho
de dulce fuego llenas.

Y no porque se expliquen
en otro idioma temas
que sus nativas gracias
su colorido pierdan.

Las Musas orientales
son tu imagen perfecta,
tú con cualquiera traje
pareces siempre bella.

En tu precioso seno
acógelas risueña,
como el olmo recibe
la desmedrada yedra,

para que se desplieguen
con tu arrimo, florezcan,
y de amenos vergeles
pomposo adorno sean.

POESÍAS ÁRABES

Los verdaderos placeres
Vino, y festín sabroso,
y el dulce retozar de la camella,
que firme el suelo huella,
a la que el amo ansioso
recuesta en lo interior del bosque umbroso.

Muchachas agraciadas,
que en torno nos rodean,
con vestidos de oro y seda
tejidos y las frentes veladas
cual ebúrneas estatuas delicadas.

Abundancia y sosiego,
y el ay süave de la cuerda herida,
hacen feliz la vida.

Y el hombre sigue ciego
de la fortuna el inconstante juego.

El caso adverso y fuerte
y la dicha apacible y la riqueza
y la amarga pobreza
tienen la misma suerte:
Que cuanto vive está sujeto a muerte.

Al capricho de la suerte
(por el imán Shafay Mohammed Ben Idris)

No siempre la suerte buena
es al vigor consiguiente,
que roe el buitro valiente
el cadáver con la arena.

Ni la fortuna cruel
siempre en el flaco se ocupa,
que la débil mosca chupa
en regio plato la miel.

A una muchacha
(que se sonrojaba cuando la miraban, por el califa Radhí Billah)

Mi rostro se empalidece
cuando a Leyla miro atento
y el de Leyla en el momento
con el rubor se enrojece.

Como si la sangre ansiosa
de mi corazón huyera,
y a depositarse fuera
en su mejilla preciosa.

A la fortuna
(Por el sultán Shems al Maali Cabies)

Dile al que se halla quejoso
del proceder de fortuna,
que ella tan sólo importuna
al rico y al poderoso.

Mira al cadáver nadar
sobre la llanura undosa,
y estarse la perla hermosa
en lo profundo del mar.

Cuando los bravosos vientos
de sus cuevas se desatan,
no combaten ni maltratan
sino árboles corpulentos.

¡Y cuántos hay que verdean!
¡Cuántos secos y agostados!
Y a los de fruto cargados
únicamente apedrean.

Con refulgente arrebol
miles de astros resplandecen,
y sólo eclipses padecen
la blanca luna y el sol.

A una mujer

(que decía estar apasionada de él en su vejez por el califa al Moktofy Liamriltah)

Me dices que me adoras, embustera.
Así se halaga al juvenil deseo.
Di: te aborrezco, y te diré: lo creo,
que al viejo no hay ninguno que lo quiera.

A una negra virtuosa
(por Ebn Calanis Al Eskanderi)

Una negra es más blanca muchas veces
por sus costumbres que las blancas mismas
y hay en un cuerpo, como almizcle oscuro,
la candidez del alcanfor más puro.

Entonces se asemeja
su tez a la pupila de los ojos,
que negra nos parece
y es una luz que viva resplandece.

Del Ser supremo

(contemplando la venida de la primavera)

¿No percibes el aura deliciosa
y su fragante aliento, que ora gime,
ora exhala su olor, como la cierva
cuando recobra su perdido hijuelo?

Los nublados en lluvia se deshacen,
la inconsolable tortolilla llora,
agítanse las ramas y se quejan,
la roja aurora brilla, resplandece

la blanca camamila y se disipan
con truenos y relámpagos las nubes.
Viene el verano derramando gracias,
y la pintada rosa las anuncia.

Para ti todo y por tu bien es hecho,
incrédulo mortal, y todo, todo
a Dios recuerda y sírvele y le alaba
y tributa loor, y cada cosa
es un signo que muestra su potencia.

Descripción de una muchacha

Lo juro por el arco de sus cejas,
por su graciosa unión, por los arpones
con que su hechizo en derredor esparce,
por la molicie de su lindo cuerpo,
por su agudo mirar y albor brillante
de su frente y lo negro de su crencha,
por su gracioso ceño con que espanta
el sueño de mis ojos y obra siempre
sin razón contra mí vede o conceda,
por las ardientes víboras, que lanzan
sus rizos empapados en veneno
para matar los pérfidos amantes,
por las rosas, que esmaltan sus mejillas,
el mirto de su bozo, los risueños
rubíes y las perlas de sus dientes,
por su olor agradable, por su acento,
que cual gotas de miel y leche sale
con desliz delicioso de su boca,
por su cuello y el ramo delicado

en que enhiesto reposa y las granadas
que firmes en su pecho se mantienen,
ora la espalda con impulso leve
se agite y ora su quietud recobre
con un balance y ademán donoso.

Por su tacto, a la seda semejante,
por su hálito suavísimo y por cuantas
especies de hermosura en sí reúne,
por su índole benévola y la pura
expresión de su lengua, por su ilustre
nacimiento y alteza poderosa,
que el precioso perfume del almizcle
no es otro que su olor y que el aliento
del aura con su aliento se embalsama,
que el sol al verla su hermosura esconde,
y a vista de sus luces aparece
deforme, opaca la esplendente luna.

POESÍAS PERSAS

Gacela XXX

Llegó la rosa, amigos,
vengan, vengan los juegos,
esto mismo aconsejan
los venerandos viejos.

No hay tristeza hora en nadie,
pero ¡ay! que vuela el tiempo.
Pues bebamos con ansia
más que el tapiz manchemos.

Dulce el aura es, da gozo,
mas yo apurar prefiero
el rojo vino al lado
de un semblante halagüeño.

Venga la lira, adversa
es la suerte a los buenos.
Para evitar su angustia
¿por qué no enloquecemos?

¡Cómo brilla la rosa!

Agua y vino, que el fuego
de amor, que me consume,
quiero apagar con ellos.

Hafiz, ruseñor eres.
¿Pues cómo tú al aspecto
de las rosas pudieras
mantenerte en silencio?

POESÍAS TURCAS

Sobre los inciertos placeres de la vida

¿Hay estado que esté libre
de la horrorosa tristeza?
¿A quién no roba la sangre
de la mejilla la pena?

Mi alma el vergel de esta vida
contempló con faz atenta,
y no encontró rosa alguna
sin espina que la hiriera.

¡Cuántos años he vagado
en torno de las tabernas,
y no he gustado yo vino
que no cause borrachera!